Año II — MADRID 1.º DE ABRIL DE 1883. — Núm. 5

REVISTA QUINCENAL

DE POLITICA, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

DIRECTOR: DON MANUEL REINA

REDACTOR-COPROPIETARIO: D. J. M.ª ALCALDE

HONENAJE

A

PÉREZ GALDÓS

1883

Administración: Plaza de la Independencia, 10, 3.º derecha.

© Biblioteca Nacional de España

DON BENITO PÉREZ GALDÓS

I

Malos vientos corrían hace algunos años para la novela española. En la patria de Cervantes, Quevedo y Hurtado de Mendoza, no había apenas novelistas. Vanos habían sido los esfuerzos de la generación romántica para restaurar entre nosotros tan importante género literario. Las novelas históricas, escritas bajo la influencia de Walter Scott, por Larra, Espronceda, Escosura, Navarro Villoslada y algunos otros, no habían tenido el éxito necesario para fundar un nuevo género. Aquellas elegantes narraciones, más abundantes en color local que en interés dramático, no lograron excitar la atención del público, y *Sancho Saldaña*, *El doncel de D. Enrique el Doliente*, *El conde de Candespina* y *Doña Blanca de Navarra*, nunca fueron populares, y prontamente descendieron á la fosa del olvido, sin dejar huella en la memoria del público. La novela moderna, la que retrata la sociedad actual y encarna los ideales y sentimientos que á nuestro siglo animan, la que al interés dramático de los sucesos une el interés fisiológico producido por la acabada pintura de los caracteres y el interés social engendrado por los problemas que en ella se plantean; la que sustituye con ventaja á la antigua epopeya y representa con pasmosa verdad y brillantes colores la vida compleja y la conciencia agitada de la sociedad presente, no tenía cultivadores en España.

Inútilmente trató de importarla la insigne escritora que se oculta bajo el pseudónimo de *Fernán Caballero*. Su inimitable talento descriptivo, su poético y delicado sentimiento, su admirable mezcla de idealismo y realismo, se estrellaron ante el reaccionario propósito que la guió en todas sus producciones. Admiradora entusiasta de los antiguos ideales, trató siempre de restaurar la sociedad pasada y de combatir la nueva, y su grito de constante protesta contra el espíritu del siglo, no permitió que gozaran sus obras de aquella popularidad é influencia de que disfrutan las que saben hacerse eco de los ideales y aspiraciones de la sociedad en que producen. Saborearon los doctos las bellezas de aquellas obras, leyéronlas con deleite los que en ellas veían retratadas y enaltecidas sus aspiraciones; pero ni las novelas de Fernán Caballero tuvieron eficaz influencia en el desarrollo del género, ni lograron hacerse populares.

Los deliciosos cuanto pueriles cuentos de Trueba, las ligeras y encantadoras novelitas de Alarcón, nada pudieron hacer tampoco en pro del género novelesco. En cambio, hizo mucho por extraviarlo y corromperlo un ingenio no menos notable por su prodigiosa inventiva y su imaginacion brillante que por su fecundidad extraordinaria, que dejará tristísimos recuerdos en la historia de la novela española.

No menos funesto ni tampoco menos inspirador que su modelo francés, D. Manuel Fernández y González, ha sido el corruptor (pudiendo ser el regenerador) de nuestra novela. Gracias á él, la novela se convirtió, de fiel y animada pintura de la vida, en aglomeración extraña de fantásticas é imposibles aventuras, que si deleitan la fantasía, nada dicen al corazón ni á la inteligencia del lector. El fútil interés nacido de la complicación de la fábula y de la sucesión vertiginosa de inesperados y singulares sucesos, sustituyó á aquel otro, más legítimo y duradero, que proviene del desenvolvimiento de bien trazados caracteres, y de la exposición de dramáticos y conmovedores conflictos. El falso efectismo obtenido á fuerza de inverosimilitudes y sorpresas, reemplazó á los legítimos efectos que engendran la lucha interesante de las pasiones y el curso natural y lógico de bien trazados y patrióticos acontecimientos y sacrificándose al movimiento y riqueza de la acción la exacta y viva pintura de los personajes, la verdad psicológica é histórica, el color local y hasta el buen trazado de la fábula y la corrección del lenguaje y estilo, la novela degeneró de tal suerte, que bien pronto su lectura, desdeñada por las personas de gusto, sólo agrado á las más incultas clases de la sociedad.

Pulularon entonces las novelas y los novelistas. Gentes sin ingenio escucharon al jefe de la secta imitándole en sus extravíos sin seguirle en sus aciertos. Hízose el arte oficio; las entregas *ilustradas* llevaron por doquiera el mal gusto, y no pocas veces la inmoralidad y el escándalo, y las glorias malsanas de Ponson du Terrail, los Montespín, los Féval y demás menguados imitadores de Dumas, quedaron eclipsados por los desdichados imitadores de Fernández y González.

En tal estado se hallaba la novela española, cuando, apiadado sin duda Apolo de nosotros, dió el ser á un joven alto, delgado, pálido, de glacial fisonomía, insignificante expresión y desgastado cuerpo, á quien cupo en suerte la noble empresa de poner término á tantos extravíos, dar un ejemplo que en breve siguieron insignes escritores, y llevar á cabo, en suma, la regeneración de la novela española, intento meritísimo en que muy pronto le ayudaron D. Pedro Antonio de Alarcón y D. Juan Valera, que con él comparten tamaña gloria.

Aquel joven se llamaba D. Benito Pérez Galdós.

II

¿Quién era Galdós? ¿De dónde vino? No lo sabemos. Solamente recordamos que en cierto periódico progresista que se apellidaba *La Nación*, en otro democrático que se tituló *Las Cortes*, y en la acreditada *Revista de España*, dió á conocer su feliz ingenio con notables artículos humorísticos y con una serie de deliciosas semblanzas que tituló, si mal no recordamos, *Figuras de cera*, de las cuales son débiles reflejos é imperfectas imitaciones estos mis *Bocetos literarios*. Poco después acreditóse ya como novelista de grandes esperanzas, dando á la prensa su *Fontana de Oro*.

La Fontana de Oro y *El Audaz*, que la siguió casi inmediatamente, fueron una revelación.

Vióse claramente que le era posible al novelista interesar y conmover al lector con un relato sencillo y verosímil, escrito sin mengua de la gramática ni del sentido común, en el cual fuesen elementos principales la pintura de los caracteres y los afectos y la descripción de los lugares, y objeto de atención preferente el drama íntimo de la conciencia, antes subordinado por completo á la estruendosa sucesión de extraños acontecimientos. Advirtióse á la vez cuánto más interesaba al lector el fiel retrato de la sociedad en que vive, que la narración de fantásticas é imposibles aventuras y cómo se podía crear la belleza sin dar al olvido la realidad. Reconocían lo feliz de la combinación de la novela histórica con la de costumbres, y lo acertado de la mezcla de lo interno con lo externo, de lo psicológico con lo histórico, y se comprendió que la novela había de ser, ante todo, el drama palpitante de la vida real, en que los hechos exteriores son el producto de los últimos hechos de la conciencia, y los personajes interesan tanto como los sucesos, y éstos como aquéllos adquieren valor moral y artístico, no por lo que tienen de extraordinarios y singulares, sino por lo que de humanos y verdaderos tienen. El realismo, embellecido por una idealidad racional y prudente, triunfó entonces en la novela, último baluarte hasta allí del falso idealismo romántico, y España comprendió que era la hora de recorrer el glorioso camino trazado por los cultivadores del género novelesco en Francia, Italia, Alemania é Inglaterra.

El movimiento de regeneración no se hizo esperar. Las novelas por entregas desaparecían como por encanto, sustituyéndolas el vergonzante tomo de á peseta, vendido como á la sordina en los cafés; Alarcón rompió sus tradiciones, y dió á la estampa el delicioso cuadro realista que se llama *El sombrero de tres picos*, y la novela psicológica, abundante en defectos, pero también en bellezas, que se apellida *El escándalo*: Valera ensayó su pluma en esos estudios psicológicos, tan pobres de acción como ricos en primores de conceptos y bellezas de estilo, que se denominan *Pepita Jiménez*, *Las ilusiones del doctor Faustino* y *El comendador Mendoza*, y Fernán Caballero pudo descender á la tumba seguro de que no se perdería su obra, ni se olvidaría su ejemplo; como por tanto tiempo se había olvidado.

Entre tanto, Pérez Galdós daba á la estampa sus *Episodios nacionales*, imitación felicísima de *Erckman-Chatrian*, y si no siempre se mostraba en ellos á igual altura, y con frecuencia los escribía con precipitación sobrada, en todos dejaba huellas de su buen ingenio, y con casi todos lograba interesar y conmover al lector, ora relatando bellos episodios de la vida familiar, ora pintando con brillante colorido nuestras glorias nacionales, ora retratando con pasmosa verdad las tristes vicisitudes de nuestra historia política contemporánea. Lecciones valiosísimas, consoladoras unas, amargas otras, brotaban de aquellas novelas, que no puede leer sin emoción y vivo interés quien de buen español y liberal se precie.

Pero no contento con estos triunfos, y aguijoneado por las exhortaciones y consejos de la crítica, Pérez Galdós se ha decidido últimamente á cultivar la novela más adecuada á los gustos y necesidades de la época; la que puede llamarse psicológica social, por ser vivo retrato de la agitada y compleja conciencia contemporánea, y plantear los arduos problemas de toda especie, que tan hondamente perturban la vida pública y privada de nuestra sociedad. Ensayos notabilísimos en este difícil y peligroso género han sido *Doña Perfecta* y *Gloria*, producciones que

© Biblioteca Nacional de España

han consagrado definitivamente la fama de su autor, colocándolo á la cabeza de nuestros novelistas contemporáneos.

III

Pérez Galdós no posee una de esas imaginaciones fogosas y brillantes, propias de los verdaderos poetas.

Frío, reflexivo y razonador por naturaleza, el talento sustituye en él la inspiración, y logra remedarla con tal arte, que fácilmente consigue engañar al lector. No es este el único caso de su especie. El talento, ayudado con cierta dosis de fantasía, puede realizar estos milagros, y fingir maravillosamente lo que no concedió al poeta la naturaleza.

Tampoco se distingue por la inventiva, ni hace consistir el mérito de sus obras en la complicación del enredo, ni en lo sorprendente de las aventuras. La acción es en ellas sencilla, y camina fácil, lógica y naturalmente al desenlace sin grandes obstáculos ni sorprendentes peripecias. Para Galdós el mérito é interés de la novela consiste, ante todo, en la verdad y belleza de los caracteres, y en la acabada perfección de las descripciones. El drama íntimo de la conciencia, el conflicto dramático de las pasiones es para él elemento principalísimo de sus novelas, importándole mucho menos la acción externa que tanto interesa á la mayor parte de nuestros novelistas.

Inspirado, á no dudarlo, en la novela inglesa, ha sabido evitar los defectos de esta, unir sus bellezas á las que son propias de la francesa, y dar á este conjunto un marcado sabor español. Gráfico, exacto, minucioso hasta el detalle en las descripciones, como Dickens, Collins y Bulwer, atento observador y analizador escrupuloso de la vida psicológica como Balzac, Jorge Sand y tantos otros ilustres novelistas franceses, sabe no pocas veces unir á estos meritos el vigoroso colorido de los españoles. Dominan, sin embargo, en él el sentido descriptivo, y el espíritu observador de los ingleses, siendo más diestro en pintar los caracteres que en ponerlos en acción, y ostentando, como observador y psicólogo, cualidades superiores á las que tiene de poeta. El lenguaje de la pasión verdadera, no siempre está á sus alcances, y el interés dramático de sus obras, rara vez iguala á la importancia del pensamiento que las inspira, á la pintura de los caracteres y á la perfección de las descripciones. Por regla general, no es afortunado en los desenlaces, que suelen estar mal preparados y no concordar con el carácter y tono de la novela, ni con los antecedentes de la acción. Atinado y discretísimo en el diálogo, mientras no expresa otros afectos que los más comunes y apacibles, suele pecar de frío unas veces, de exagerado otras, y de poco natural casi siempre cuando trata de expresar los supremos arranques de la pasión.

No faltan, sin embargo, en sus diálogos detalles delicadísimos que muestran profundo conocimiento del corazón humano y exquisito gusto; pero los detalles luminosos de la inspiración poética rara vez se muestran en estas producciones.

Modelos de perfecto realismo son las novelas de Pérez Galdós; pero no de ese realismo que está reñido con toda belleza y todo ideal, sino de aquel otro que sin traspasar nunca los límites de la verdad sabe idealizar discreta y delicadamente lo que la realidad nos ofrece. Sus personajes, llenos de carácter y de vida, arrancados á la realidad palpitante, tan distantes de la abstracción y de la alegoría como de la imitación servil del modelo, interesan y conmueven sin traspasar la esfera de lo ordinario ni perderse en los tiempos de la idealidad romántica. Nunca necesita apelar á lo inusitado para producir el apetecido efecto; antes sabe interesar con sencillísimos recursos y conmover sin mengua de la belleza y de la verdad, ni daño notorio de la sensibilidad del lector. Cuadros de historia ó de género trazados con realismo admirable, llenos de delicados detalles y de acabados efectos, y siempre encerrados en los infranqueables límites de la belleza y del gusto; tales son las novelas de Pérez Galdós.

No menos que sus méritos literarios, las avaloran el pensamiento y la intención que en ellas se advierte. Sin sacrificar jamás la forma á la idea, ni caer en los extravíos del arte docente, en todas ellas ha sabido encerrar su autor un pensamiento filosófico, moral ó político de tanta profundidad como trascendencia.

Sus episodios nacionales no son meros relatos históricos destinados á perpetuar gloriosos ó tristes recuerdos, ó á pintar las costumbres de épocas pasadas, sino discretas é intencionadas lecciones políticas de utilidad suma. Allí se aprende á amar la libertad y la patria, pero también á no comprometerlas con funestas exageraciones; allí se juzga á la vez que se pinta nuestra historia política contemporánea; y un recto sentido, juntamente conservador y liberal, domina en aquellas páginas, deduciendo de los hechos, sin afectación ni pedantería, provechosas enseñanzas. La moral más pura, el más elevado patriotismo, la imparcialidad histórica más completa y el más alabado espíritu de justicia, imperan en esas obras que instruyen á la par que deleitan, y sin pecar de necia mojigatería, ni sacrificar la verdad y el arte á nimios escrúpulos, son, no obstante, tan irreprochables bajo el punto de vista de la moral y del decoro, que pueden ponerse sin reparo en manos del adolescente ó de la doncella, que sólo aprenderán en ellas á amar la virtud, respetar la moral y la justicia, defender la patria, y adorar, sin fanatismo ni idolatría, la libertad.

En sus últimas obras, *Doña Perfecta* y *Gloria*, ha planteado Pérez Galdós el más terrible de los problemas de nuestro siglo: el problema religioso Amante sincero de la libertad del pensamiento, con el criterio de la libertad ha resuelto el problema; pero lo ha hecho con tanta discreción y delicadeza, y con tal respeto á los sentimientos religiosos, que nada hay en tales obras que pueda ofender en lo más mínimo á los verdaderos creyentes, por más que haya mucho que disguste y alarme á los fanáticos.

Tal es Pérez Galdós. Pintor admirable de la vida humana, observador minucioso y reflexivo, pensador de notables alcances, escritor fácil, correcto y elegante en ocasiones, más rico en ingenio que en imaginación, y más en imaginación que en sentimiento, es, sin duda, uno de los más notables novelistas contemporáneos, y en España el primero de los que hoy viven. Modesto hasta la exageración, trabajador infatigable, apacible en su trato, sencillo en sus costumbres, el hombre vale en él tanto ó más que el escritor. Tan imposible es tratarle y no quererle, como leer sin interés y deleite sus bellas producciones, de las cuales arranca el movimiento de regeneración de la novela española, antes tan abatida y miserable, hoy en vías de prosperidad y progreso, merced al discreto ingenio de Pérez Galdós.

MANUEL DE LA REVILLA.

LOS EPISODIOS NACIONALES

Voy á hablar á los lectores de los *Episodios nacionales*. Pérez Galdós había escrito sobre la bandera española veinte empresas, que suponían otras tantas novelas prometidas por el autor al público; de ningún modo podía quedar el honor más obligado que prometiendo sobre los colores nacionales. Otro ingenio menos poderoso se hubiera declarado en quiebra antes de llegar al fin; Pérez Galdós, sin dinero en caja, es decir, sin más trabajo hecho que el exigido para el día por los editores, no temía la bancarrota y anunciaba sin miedo novelas, de cuyo plan apenas había formado idea; es más: sobrábale tiempo para escribir obras de otra colección y aun para no saber en qué matar el tiempo mismo.

Cuando yo tuve el gusto y el honor de hablarle por primera vez, llegaban los *Episodios* á *Los cien mil hijos de San Luis;* preguntele por la suerte que en su calidad de providencia literaria reservaba á los personajes que yo conocía y amaba como si fueran amigos de carne y hueso: - ¿Qué piensa Vd. hacer de Jenara? ¿Dónde está ahora? ¿Y Monsalud, qué se hace? ¿Qué es de Pipaón? ¿Y Presentacioncita? ¿Y las de Porreño?..... Galdós no recordaba dónde estaban muchos de estos señores y señoras, ni sabía donde los había dejado, ni lo que sería de ellos en lo porvenir.—¡Si la Providencia de arriba hará lo mismo con los mortales! ¡Si después de darnos la vida y enredarnos en sus peripecias se olvidará á lo mejor de nosotros!—Indudablemente, regir la fábrica de la inmensa arquitectura, que dijo Lope, debe ser bien difícil cuando sólo un ingenio tan fecundo y fuerte como el de Pérez Galdós puede conducir el hilo de la existencia de unos pocos ciudadanos, necesitando todos los recursos del arte para dar verosimilitud á sus aventuras.

Pero al fin la promesa está cumplida: los veinte Episodios, que llenan siete mil páginas, están publicados; Pérez Galdós ha distribuído como la Providencia de arriba, bienes y males entre sus criaturas, y ha llevado á término feliz el más difícil y glorioso empeño de cuantos hoy honran las letras españolas.

Pero esto que es verdad, parece mentira si sólo se atiende al poco ruido qne en la anarquía de las letras ha causado tan importante suceso. Lo cual se explica por una multitud de razones: España sigue siendo aquella España, en la que, según Fígaro, escribir para el público es recitar un monólogo en la soledad. Aquí el escritor concienzudo es, en efecto, un maníaco que *habla solo*. Los españoles leemos los anuncios de los libros en los periódicos y oímos á veces los *bombos* porque suenan mucho, pero los libros ¿quién los lee? Nótese ahora que los *Episodios* constan de 20 tomos. Y, es claro, no hay 20 españoles que hayan leído 20 tomos en su vida.

En Francia se va á levantar una estatua á Flaubert, un novelista; aquí á un novelista se le ofrece una cruz, ó mejor una Encomienda de Carlos III.—Un literato muy distinguido, erudito (en cuanto aquí se llama erudito al que lee un libro, basta con uno, que no suelen leer los demás), me decía no ha mucho: «Hombre, reconozco el mérito de los *Episodios nacionales;* pero..... no creo que valgan tanto como Vd. dice.»

© Biblioteca Nacional de España

Yo miré á los ojos á mi erudito fijamente, dispuesto á leer en ellos la respuesta á la pregunta que le hice.—¿Cuántos Episodios ha leido Vd.? —He leído..... *Trafalgar*, y..... algo de *Zaragoza* y un poco del *Gran Oriente*.—¡Y hablaba de los *Episodios*, y daba su fallo tan tranquilo! Otro literato, más erudito que el anterior, le decía al mismo Galdós:—¿querrá Vd. creer que no he leído nada de Vd.? Y otro literato, más erudito que los dos citados juntos, catedrático de filosofía, estiradísimo, capaz de dividir los generos literarios hasta que no quede casta de ellos, me decía después de publicarse *Gloria*:—Ese Galdós parece muchacho listo; ¡promete..... promete! Yo no he leído nada suyo, pero veo que se habla de él en todas partes.....

Ahora figúrese el lector piadoso, si los eruditos dicen esto, cuántos *Episodios Nacionales* habrán leído los no eruditos, entre los cuales entran por muchos millones los que no saben leer.

Cuando se ha pensado un poco en las cualidades que suelen concurrir en las obras literarias *que quedan*, descúbrense, si la reflexión es imparcial y ajena á preocupaciones impuestas por la escuela, por la moda ó por el vulgo (los tres enemigos del buen gusto), descúbrense, digo, como característicos lo que en Pérez Galdós puede notar el lector atento.

Una obra frívola ó que responde á intereses accidentales pasajeros, no puede, por muchos primores que la adornen, ser obra maestra, de las que llevan el sello del genio y sobreviven á su tiempo. Esta verdad, que nos enseñan en la cátedra de retórica y que después suele olvidarse, porque se aprendió sin comprender toda su importancia, vuelve á verse en todo su esplendor cuando la experiencia de la lectura y de la misma vida sustrae el hastío de los libros malsanos que suelen ser la comidilla de la moda, y que á todos en alguna época de nuestra existencia nos seducen.

Esta esencial y primera cualidad de los libros buenos, existe en los *Episodios Nacionales*. Sin el aparato, que hoy sería ridículo, de una introducción de poema épico, Galdós cuenta, ya que no canta, la historia de la patria en los azarosos tiempos en que tocamos al fondo del abismo de nuestra decadencia, y en los que siguieron más venturosos porque fueron el comienzo de una regeneración gloriosa, lenta, interminente, pero segura. El proyecto es grande, interesante, digno de los esfuerzos poderosos de un gran ingenio; hay en el asunto valor real y valor estético consiguiente. Pero es necesario que el escritor posea facultades proporcionadas á la gravedad y dignidad del objeto; de otro modo, es necesario que el propósito de tratar semejante asunto haya sido producto de inspiración poética, que la primera visión de tamaña empresa naciera al calor de la simpatía inefable que siente el poeta por la realidad que le sirve de fondo en su obra. Para que esta armonía entre el asunto y el artista exista, es evidente que por necesidad las facultades de éste han de ser proporcionadas al objeto.

Bien puede suceder que, á pesar de esta armonía en la concepción primera y general, resulte desgraciada la obra en el desempeño por accidental error ó torpeza; pero siempre será cierto que, sin esa feliz conjunción de que hablaba, la producción de lo bello es imposible.

En los *Episodios Nacionales*, por fortuna, concurrieron todos los elementos necesarios para que la obra fuese digna del propósito. Las facultades de Galdós eran las más propias para tratar el asunto por inspiración escogido; y, generalmente, en el trabajo ulterior de la producción artística no faltó la habilidad conveniente, merced á la bondad de los medios preferidos. Hay en Pérez Galdós un corazón grande, un noble entusiasmo por las grandes cosas, un supremo amor á la justicia, una fe innominada, mas no por eso poco fuerte, y además hay una ternura poética y pudorosa para todo lo delicado y débil, que hasta en la burla y en la sátira se trasparenta.

Estas son cualidades esenciales que en la obra de Galdós se reflejan y le sirven para colocarse á la altura del asunto que trata. Pero es muy fácil que el lector distraído no eche de ver todo esto, porque Galdós, en su estilo, como en su carácter, no es aparatoso ni bullanguero; huye la exageración, no amplifica, satiriza la forma asiática, desdeña la hipérbole, ama el eufemismo, escribe entre líneas, y gusta de ser entendido en media palabra; si llora, llora por dentro; si se entusiasma, su entusiasmo es contenido, prudente; si ríe, no da carcajadas; cuando se burla, no desprecia: ama, y contempla y admira las ideas en las cosas que son, no su símbolo, sino su expresión más humilde, asequible y clara para el espíritu vidente; sus mayores enemigos son los tiranos y los charlatanes, porque son los azotes de la justicia y de la prudencia, virtudes cardinales en moral y en literatura.

La prudencia bien entendida, y entendida en todo lo que vale, se puede decir que es la musa de Galdós. Y esto me lleva á tratar un punto que ha tocado la crítica al hablar de los *Episodios Nacionales*. Se ha dicho que la epopeya de nuestra regeneración nacional no ha inspirado en Galdós el entusiasmo necesario para cantar la gloria de aquellos días; se ha dicho que Galdós ve con suficiente frialdad nuestros hechos de entonces, para poder repartir elogios y censuras por igual; y esta justicia se cree extremada, porque la equidad, añaden, exigía un cristal de aumento para las hazañas de aquellos tiempos.

A esto respondo que Galdós no canta; cuenta, como dejo advertido, y cuenta la verdad, que, después de todo, es siempre lo que más conviene. Aparte de que es contrario al estilo del autor y á su carácter, según va también notado, lo que de él se exige: para el efecto de reflejar por manera artística la belleza de nuestra historia nacional, es preferible el procedimiento de Galdós, cuyo entusiasmo *latente*, pero profundo y activo, le inspiró tanto, que dió á su fantasía la fuerza necesaria para ver la copia fiel de aquellos días, tal como fué en realidad. Y es preferible este procedimiento, porque hoy la única forma que puede reemplazar al antiguo poema épico, es la novela histórica, en el sentido lato de la palabra, que es una especie de realismo, como el realismo puede y debe admitirse. Dije antes que la prudencia inspira á Galdós, y la prudencia manda no ver más de lo que hay; no hacerse ilusiones. Si Galdós, en alas de un entusiasmo, digno de respeto, pero que no es como él lo siente, hubiera fantaseado una España homérica en los días de Cárlos IV y Fernando VII, hubiera lisonjeado el patriotismo un tanto pueril de algunos, pero no hubiera escrito una novela histórica de tan subido mérito. ¿Novela histórica? Sí, por cierto; en el más estricto rigor de la palabra.—Yo no he visto hasta ahora escrito en parte alguna, ni siquiera en la *Revista de Ambos Mundos*, que á la literatura pueda llevarse la división que en la realidad existe de lo ideal y lo histórico; yo juzgo que no habré visto nada escrito sobre el caso, no porque no se haya tratado tal asunto, sino por lo poco que leo. Lo que á mí (y á cualquiera, por consiguiente) me ocurre acerca del particular, es esto: el realismo ó naturalismo, que tanto monta para el caso, peca de orgulloso exclusivismo al atribuirse semejante manera, y anatematizar todo otro género de literatura. El realismo verdadero abarca la moderna escuela, que se cree única legítima, y el postergado idealismo, de glorioso abolengo.

Cuando se copia (por modo artístico siempre, esto es claro) la realidad actual ó pasada de la vida fenomenal, en la que todos los individuos existen determinadamente en infinita determinación, insustituible ya, la única real en tal caso, se escribe la novela histórica, propiamente dicha, y es necesario so pena de falsedad, que á los caracteres y acción de la obra se les dé toda esa concreta determinación histórica que en la realidad tienen, y tal como es en la realidad, ni más ni menos, sin que el *poetizar* consista en rigor, en alterar, en falsificar personajes ni acción, sino en hallar el *momento expresivo* artístico de esa misma existencia individual histórica infinitamente finita de la realidad *vivida* que se copia; dispénsenme los lectores esta manera de decir lo que pienso, que puede hacer que algún malicioso me tome por un *attaché*; pero confieso con cierto rubor que yo no sé expresar de otro modo eso que tenía que decir.—Esta clase de novelas son con toda propiedad y exactitud y precisión históricas; son además realistas (cuando lo son, por supuesto, no siempre ya se lo llaman); pero este último adjetivo, si es propio no es preciso, pues que el realismo abraza mucho más. Así, la novela idealista, propiamente tal, es también realista, sin que haya aquí paradoja sino en la apariencia.

La historia en la novela no necesita coincidir, aunque bien puede, con la historia pragmática, y puede aventurarse que conviene que no coincida para que la época que se pinta aparezca con sus caracteres propios mejor y más conocida. En los acontecimientos políticos que suelen formar la materia de la historia pragmática hay siempre cierto aparato de una personalidad que les quita no poco de la aptitud necesaria para la obra artística del género histórico. Compréndenlo así Walter Scott, Manzoni y actualmente Freitag y Galdós entre nosotros; en sus novelas históricas no nacen de las vicisitudes políticas la trama de la acción, sino que imaginan una particular, en la que influyen los acontecimientos de la historia pragmática, pero como un factor entre nosotros, siendo el principal el que resulta de los caracteres individuales que comentan y en los cuales expresan, como por modelo ó mejor muestra, la vida real del tiempo que describen, vida que se manifiesta en las relaciones privadas más y mejor que en los grandes hechos políticos que suelen guardar los anales históricos. Walter Scott por ejemplo, para hacernos conocer el carácter de la época de Cronwell, imagina una acción que se desenvuelve en el castillo de un noble toda ella, y no es de carácter político sino en su desenlace; Manzoni, para mostrarnos el cuadro de la Italia del siglo XVII, se vale de los amores de Renzo y Lucía, dos aldeanos; Freitag, en su ya célebre serie de novelas históricas, *Los Antepasados*, sigue la suerte de una raza á través de los siglos, desde el de Juliano hasta el presente; Galdós enlaza hábilmente con los Episodios de nuestra historia contemporánea las aventuras *Gilblasianas*, de Araceli y Monsalud. Si en este punto su buen instinto le ha llevado por camino más propio para su objeto, en todo lo demás no le ha abandonado la más feliz inspiración.

Eso que llama una señora muy discreta en una notable crítica de los *Episodios* escepticismo de Galdós, no es tal escepticismo; es la copia fiel de la vida de nuestro siglo en España antes del reinado de Isabel II; parece escéptico Galdós en los *Episodios*, porque la resultante de las fuerzas sociales en los días de que trata parecía tan desconsoladora en sus enseñanzas, que Monsalud, producto psicológico de esa azarosa existencia social, no podía menos de sacar el alma desengañada y sin ánimo de todas aquellas luchas. Porque es de advertir que la *realidad histórica* exigía de Galdós no hacer de Monsalud un héroe, sino el *término medio* del espíritu español de aquellos días; un héroe en su lugar no se hubiera desanimado, pero cualquiera español algo talentudo se desanimaba. En cambio D. Benigno Cordero, D. Patricio Sarmiento, ¡véalos la señora Pardo de Bazán qué valientes se muestran hasta el último trance: para uno el trance de la horca, para otro el trance de las calabazas! D. Patricio estaba loco, D. Benigno era un *pobre hombre*. Entre Araceli y Monsalud hay también diferencia, que refleja la de los dos tiempos. Araceli es testigo de los días gloriosos de nuestra guerra de la Independencia; en *La batalla de los Arapiles*, sus aventuras terminan logrando el premio glorioso de sus proezas. Pero Monsalud vivió en los tiempos de Riego y de Calomarde, de Martínez de la Rosa y el *obispo de León*, del conde de España y Fernando VII; vió

© Biblioteca Nacional de España

esfuerzos generosos empleados sin conciencia y sin constancia, vió á la populachería cobarde y necia pasar plaza de liberalismo heroico, vió al despotismo brutal disfrazar el miedo con el terror impuesto, vió á la debilidad usurpar por vanas simpatías el puesto de la energía; vió al fanatismo llamar á la ignorancia religión; vió á la crueldad del salvaje pasar plaza de disciplina; vió al tigre ungido, y de tanta miseria sacó en consecuencia ese escepticismo, que nada tiene que ver con el autor de los *Episodios*, sino que debió ser y fué fruta del tiempo, que nos da hogaño la cosecha de políticos eclécticos que todos sufrimos y lamentamos.

Si Araceli y Monsalud, protagonistas de las dos series de episodios nacionales, representan tan perfectamente el tipo *individualizado* para la expresión de sus respectivos tiempos, los personajes que les acompañan, influyendo en su acto y carácter, no son menos dignos de elogio. Pero este artículo, que en las consideraciones generales se ha extendido tanto, no puede ya servir para tratar de este particular, ni de otros muchos que por culpa de mi impericia se quedan en el tintero. Nada digo, pues, de la propiedad y vigoroso colorido con que están pintados tipos, costumbres y hasta trajes, paisajes y espectáculos de la variable actualidad de nuestro siglo en sus comienzos y primer tercio. De todo eso, al tratar de cada uno de los episodios, ha dicho la crítica cuantas alabanzas merecía, ó poco menos. Yo mismo tendría que repetirme si me detuviese ahora en tal asunto. Sin embargo, confieso que este artículo queda incompleto; aunque he dicho algo de lo principal que me proponía, declaro que me falta no poco, y por si no tengo ocasión de decirlo otro día, conste que en resumen es esto: el Sr. Galdós ha escrito, en el género más difícil y más agradable para nuestros días, la novela mejor pensada, más inspirada y de forma más bella de cuantas se han publicado en España en todo el siglo; esta novela se llama: *Episodios Nacionales*.

LEOPOLDO ALAS

Á BENITO PEREZ GALDÓS

CARTA-BRINDIS, ILUSTRADA CON EL RETRATO DE UN POETA AUSENTE

QUE QUIERE BRINDAR, YA QUE NO PUEDE COMER

Un ausente literato
Que asistir quiere al banquete,
Hoy en un sobre se mete
Y va en forma de retrato.

—

Desde la triste Inglaterra,
Donde estos versos escribe,
Vuela su espíritu y vive
Hoy en la española tierra.

—

Un banquete... y á Galdós.....
Y yo no brindar en él!...
Habiendo pluma y papel
Yo he de brindar, vive Dios!

—

Que si el fonógrafo esconde
Frases del humano acento,
Al son de mi pensamiento
Hoy este papel responde.

—

Si mi aparición no arredra,
En ese festín de honor,
Aunque no Comendador,
Soy convidado de piedra.

—

Qué amigos tienes, Benito!...
Y vaya sin ironía,
Que á tal frase en este día
Toda malicia le quito.

—

Amigos de tres bemoles,
Cada cual vale por tres;
Tus amigos, ya lo ves,
Son todos los españoles.

—

Son los vates que en la escena
Pintan, con sublimes gritos,
Las pasiones y delitos
De la pequeñez terrena;

—

Los que con lira sonora
La humana grandeza cantan,
Y hasta el cielo se levantan
Con la mente soñadora;.

—

Los que dan carne al color,
Los que dan fuego al pincel,
O al mármol, con el cincel,
Dan vida, verbo y calor;

—

Los que, en santa soledad
Piden su luz á la ciencia
Para alumbrar la conciencia
Con rayos de la Verdad;

—

Los que á la prensa agitada
Dan esos doctos renglones
Que gobiernan las naciones
Con más gloria que la espada;

—

Los que con voz tribunicia
Son los dueños de la historia,
Los árbitros de la gloria,
Los padres de la justicia.

—

¡Ah! grande tienes que ser
Cuando los grandes te admiran,
Y en tí su modelo miran
Y... te invitan á comer;

—

Cuando tanto honor alcanzas
Que entre el *menú* de los platos
Te guisan los literatos
Rico *menú* de alabanzas;

—

Cuando nadie muestra el ceño
De la envidia, aunque la inspiras,
Y hoy presidiendo te miras
El Parnaso madrileño.

—

Bah, sí eres grande!..... lo sé
Yo que en tu serena frente
Ví nacer la clara fuente
Que río de glorias fué;

—

Yo, que en años juveniles
Te ví sembrar la semilla
Que hoy al mundo maravilla
En fantásticos pensiles;

—

Yo, que en tempranas tareas
Fuí de tu brotar testigo;
Yo, que me fundí contigo
Al choque de las ideas.

—

La suerte nos separó,
Y yo, escritorzuelo errante,
Siempre adelante, adelante,
He viajado... qué sé yo!

—

En seis años he cruzado
Las cuatro partes del globo,
Unas veces hecho un bobo
Y otras un iluminado.

—

Recorrí el mágico Oriente,
Y entre ruina y soledades,
Las sombras de las edades
Estremecieron mi mente.

—

En Egipto me bebí
Algunos jarros del Nilo;
Las Pirámides!... en vilo
Hasta su cumbre subí.

—

En el Jordán me lavé
El cuerpo, no los pecados;
Los tengo tan arraigados
Que nunca los borraré.

—

Ví de Tyro y de Sidón
Los históricos solares,
De Damasco los bazares
Y el templo de Salomón.

—

Ví, y aún mi mente delira,
Baalbeck, sin igual portento,
Y hasta respiré el aliento
De las ruinas de Palmyra.

—

En América, la espuma
Del Niágara altirrugiente
Mojó mi asombrada frente,
Y aún su recuerdo me abruma.

—

Mas, ¡ay! mientras yo vagaba
Entre grandezas perdido,
El diente ruin del olvido
Mi recuerdo devoraba.

—

Tú, fecundo, solitario,
Libro tras libro imprimiendo,
Ibas las alas abriendo
De tu genio extraordinario.

—

De la epopeya española
Los *Episodios* narrabas,
Y á cada muerto prestabas
Un alma y una aureola.

—

Historiador y poeta,
Buscabas en los archivos
Aquellos recuerdos vivos
Que hasta la muerte respeta.

—

Pintabas de Trafalgar
La titánica derrota,
Tan sublime, que aun hoy flota
Nuestro honor sobre aquel mar.

—

La epopeya sin ejemplo
De Zaragoza la Santa,
Que muere, combate y canta
Y hace de su ruina un templo;

—

La firmeza de Gerona,
La revancha de Bailén,
Que colocó en cada sien
De un bisoño una corona.

—

Los esfuerzos varoniles
De los pujantes guerreros
Que derramaron regueros
De su sangre en Arapiles.....

—

Al evocar tanta gloria
De tan hermosas tragedias,
Retratabas las comedias
Que hacen reir á la historia.

—

Beatas, frailes, chisperos,
Abates y currutacos,
Manolas, masones, cacos,
Magnates y caballeros;

—

Duquesas de alto copete,
Hazañas de cabecillas;
Lavapiés y Maravillas,
Traiciones de matasicte;

—

Motines y procesiones,
Sueños revolucionarios,
Mentideros y rosarios,
Fiestas y conspiraciones;

—

Afrancesados vendidos,
Furores de patriotas,
Histerismos de devotas
Y ayunos de arrepentidos;

—

La baja intriga que aborta
La doblez de los canallas,
Y las perdidas batallas
Del gran general *No importa;*

—

La vanidad de los nobles,
La miseria en los plebeyos,
La estafa en los leguleyos,
La ley impuesta á mandobles;

—

Cuanto compuso lo trama
De aquel tiempo, sombra y luz,
Entre la horca y la cruz,
Mezcla de sainete y drama,

—

Brotó al mágico conjuro
De tu docta pluma de oro,
Y de esqueletos un coro
Surgió del sepulcro oscuro.

—

Diste á las sombras palabra,
A los cráneos pensamiento,
Y pusiste en movimiento
Aquella Danza Macabra.

—

Médium más que novelista,
Espíritus evocaste;
De un siglo que adivinaste
Fuiste sin par retratista,

—

Pues remontando los vuelos
En épicos arrebatos,
Dibujaste los retratos
De insignes tatarabuelos.

—

Incomparable cronista:
Los nietos de aquellos hombres
Unen tu nombre á sus nombres
Y los miran por tu vista.

—

Cuando del hálito lleno
De tu Génesis fecundo,
Viste acabado tu mundo
Y miraste «que era bueno,»

—

Tus ojos volviste al hoy,
Al mundo que te rodea,
Y hallando su cara fea
Dijiste: «Contigo voy.»

—

Ahora les toca á los nietos,
Mi corrector, latigazo,
Sin que detengan mi brazo
Ni temores ni respetos.

—

Y..... dramático asesino.
Matas..... (*inhumano padre!*)
A aquella hija, sin madre,
De tu ingenio peregrino.

—

Parricida sin entrañas
Matas á tu dulce *Gloria*,
Haciendo la cruel historia
Del fanatismo en España.

—

De tu España, donde á nombre
Del que espiró en el Calvario,
Se niega (qué humanitario!)
La fraternidad del hombre.

—

Después, por la misma ley
Que á nuestro destino afecta,
Crías á *Doña Perfecta*
Y matas á *Pepe-Rey*.

—

A *León Roch* castigaste
Sólo por seguir, el triste,
La ciencia que le infundiste,
La razón que le prestaste.

—

Y después..... (me desconsuela
Tu crueldad, duro autor),
Hiciste morir de amor
A la infeliz *Marianela*.

—

Tus novelas ejemplares
Los lectores devoraban,
Y en tus historias hallaban
La historia de sus pesares.

—

Por cada libro un laurel
Te daban todos, y en suma,
Donde tú pones la pluma
Haces vivir al papel.

—

Así, creando y creando,
Gigante te ibas haciendo,
Y en tu patria, no cabiendo,
Te ibas... *cosmopolitando*.

—

Yo, en cada región extraña
Do me empujaba la suerte,
Vibrar sentía, al leerte,
El corazón de mi España.

—

Y más de una vez leí,
En lenguas de otras naciones
Tus inspirados renglones
Que me arrastraban á tí.

—

© Biblioteca Nacional de España

Sigue, insigne novelista,
Sacando de tu cacumen
Lo que te inspire tu numen
De filósofo y artista.

—

Con el fuego de tu mente
Cual taumaturgo has logrado
Hacer presente el pasado,
Y hacer futuro el presente.

—

Sigue mirando el abismo
Del corazón insondable,
Con tu puño formidable
Da azotes al fanatismo;

—

Quita la sucia careta
A la vil hipocresía,
Y al cinismo y la falsía
Hazles sentir tu palmeta.

—

Pinta de los torpes vicios
La raíz y los misterios;
De los locos adulterios
Descubre los precipicios.

—

Pinta..... pero basta ya,
Que el literario concurso
Con esta carta-discurso
Casi durmiéndose irá.

—

Delante de mi retrato
Llena una copa, Galdós:
Vamos á brindar los dos
Con vino de literato.

—

Tú brinda por mi memoria;
Yo brindo por tu renombre,
Que la gloria de tu nombre
Es ya de tu patria gloria.

—

Brinda con el corazón,
Cual yo con el alma entera,
Por tus hermanos, Valera,
Por Pereda y Alarcón.

—

Si te exaltas cuando ves
Vibrar en la escena el rayo,
Brinda también por Tamayo,
Echegaray y Sellés.

—

Brinda con sed, con amor,
Por los dioses de la lira:
Zorrilla, que aún nos inspira,
Núñez de Arce y Campoamor.

—

Y por no quedar beodo
Con tantos brindis, á una
Brindemos por la fortuna
Y por la fama de todos.

—

Y ahora, artistas y poetas,
Perdonad al desterrado,
Si, charlatán, ha abusado
Dando su alma en sus cuartetas.

—

De una cosa estad seguros:
No soy intruso, y advierto,
Que he pagado mi cubierto
Mandando mis cinco duros.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO

Newcastle-on Tyne, 8 Marzo 1883

FRAGMENTOS

DE

LAS OBRAS DE PÉREZ GALDÓS

(LA CARRERA DE SAN JERÓNIMO EN 1821)

Durante los seis inolvidables años que mediaron entre 1814 y 1820, la villa de Madrid presenció muchos festejos oficiales con motivo de ciertos sucesos declarados *faustos* en la *Gaceta* de entónces Se alzaban arcos de triunfo, se tendían colgaduras de damasco, salían á la calle las comunidades y cofradías con sus pendones al frente, y en todas las esquinas se ponían escudos y tarjetones, donde el poeta Arriaza estampaba sus pobres versos de circunstancias. En aquellas fiestas, el pueblo no se manifestaba sino como un convidado más, añadido á la lista de alcaldes, funcionarios, gentiles-hombres, frailes y generales; no era otra cosa que un espectador, cuyas pasivas funciones estaban previstas y señaladas en los artículos del programa, y desempeñaba como tal el papel que la etiqueta le prescribía.

Las cosas pasaron de distinta manera en el período del 20 al 23, en que ocurrieron los sucesos que aquí referimos. Entonces la ceremonia no existía, el pueblo se manifestaba diariamente sin previa designación de puestos impresa en la *Gaceta*, y sin necesidad de arcos, ni oriflamas, ni banderas, ni escudos, ponía en movimiento á la villa entera, hacía de sus calles un gran teatro de inmenso regocijo ó ruidosa locura; turbaba con un solo grito la calma de aquel que se llamó el *Deseado* por una burla de la historia, y solía agruparse con sordo rumor junto á las puertas de Palacio, de la casa de Villa ó de la iglesia de Doña María de Aragón, donde las Cortes estaban.

¡Años de muchos lances fueron aquellos para la destartalada, sucia, incómoda, desapacible y oscura villa! Sin embargo, no era ya Madrid aquel lugarón fastuoso del tiempo de los reyes tudescos; sus gloriosas jornadas del 2 de Mayo y el 3 de Diciembre, su iniciativa en los asuntos políticos, la enaltecían sobremanera. Era, además, el foro de la legislación constituyente de aquella época, y la cátedra en que la juventud más brillante de España ejercía con elocuencia la enseñanza del nuevo derecho.

Á pesar de todos estos honores, la villa y corte tenía un aspecto muy desagradable. Mari-Blanca continuaba en la Puerta del Sol como la más concreta expresión artística de la cultura matritense. Inmutable en su grosero pedestal, la estatua, que en anteriores siglos había asistido al tumulto de Oropesa y al motín de Esquilache, presidía ahora el espectáculo de la actividad revolucionaria de este buen pueblo, que siempre convergía á aquel sitio en sus ovaciones y en sus trastornos.

Si fuera posible trasladar al lector á las gradas de San Felipe, capitolio de la chismografía política y social, ó sentarle en el húmedo escaño de la fuente de Mari-Blanca, punto de reunión de un público más plebeyo, comprendería cuán distinto de lo que hoy vemos era lo que veían nuestros abuelos hace medio siglo. De fijo llamaría su atención que una gran parte de los ociosos, que en aquel sitio se reunen desde que existe, lo abandonaban á la caída de la tarde para dirigirse á la Carrera de San Jerónimo ó á otra de las calles inmediatas. Aquel público iba á los clubs, á las reuniones patrióticas, á *La Fontana de Oro*, al *Grande Oriente*, á *Lorencini*, á la *Cruz de Malta*. En los grupos sobresalían algunas personas que, por su ademán solemne, su mirada protectora, parecían ser tenidos en grande estima por los demás. Aparentaban querer imponer silencio á la multitud; otras veces extendiendo los brazos en cruz, volvíanse atrás como quien pide atención; todo esto hecho con una oficiosa gravedad que indicaba influjo muy grande ó presunción no pequeña.

La mayor parte se dirigía á la Carrera. Es porque allí estaba el club más concurrido, el más agitado, el más popular de los clubs, *La Fontana de Oro*. Ya entraremos también en el cafe revolucionario. Antes crucemos, desde el Buen Suceso á los Italianos, esta alegre y animada Carrera de los padres Jerónimos, que era entonces lo que es hoy y lo que será siempre, la calle más concurrida de la capital.

Pero hoy, cuando veis que la mayor parte de la calle está formada por viviendas particulares, no podéis comprender lo que era entonces una vía pública ocupada casi totalmente por los tristes paredones de tres ó cuatro conventos. Imposible es comprender hoy la oscuridad que proyectaban sobre la entrada de la Carrera el ancho paredón del monasterio de la Victoria por un lado, y la sucia y corroída tapia del Buen Suceso por otro. Más allá formaban en línea de batalla las monjas de Pinto; por encima de la tapia, que servía de prolongación al convento, se veían las copas de los cipreses plantados junto á las tumbas. Enfrente campeaba la ermita de los Italianos, no menos ridícula entonces que hoy; y más abajo, en lo más rápido del declive, el Espíritu Santo, que después fué Congreso de los Diputados.

Las casas de los grandes alternaban con los conventos. En lo más bajo de la calle se veía la vasta fachada del palacio de Medinaceli con su ancho escudo, sus innumerables ventanas, su jardín á un lado y su fundación piadosa á otro; enfrente los Valmedianos, los Pignatellis y Gonzagas; más acá los Pandos y Macedas, y finalmente, la casa de Hijar, que hasta hace poco ostentaba en su puerta la cadena histórica, distintivo de la hospitalidad ofrecida á un monarca. Quedaba para casas particulares, para tiendas y sitios públicos la tercera parte de la calle; esto es lo que describiremos con más detención, porque es importante dar á conocer el gran escenario donde tendrán lugar algunos importantes hechos de esta historia.

Entrando por la Puerta del Sol, y pasado el convento de la Victoria, se hallaba un gran pórtico, entrada de una antiquísima casa que, á pesar de su escudo decorativo, grabado en la clave del balcón, era en aquel tiempo una casa de vecindad en que vivían hasta media docena de honradas familias. Su noble origen era indudable; pero fué adquirida no sabemos cómo por la comunidad vecina, que la alquiló para atender á sus necesidades. En dicho portal, bastante espacioso para que entraran por él las enormes carrozas de su primitivo señor, tenía su establecimiento un memorialista, secretario de certificaciones y misivas; y en el mismo portal, un poco más adentro, estaban los almacenes de quincalla de un hermano de dicho memorialista, que había venido de Ocaña á la corte para *hacer carrera* en el comercio. Constaba su tienda de tres menguados cajoncillos, en que había algunos paquetes de peines, unas cuantas cajas de obleas, juguetes de chicos y un gran manojo de rosarios con cruces y medallones de estaño.

La parte de la izquierda, y especialmente el rincón contiguo á la puerta, era un lugar en que el público ejercía un incontestable derecho de servidumbre. Era un centro urinario: la secreción pública había trocado aquel rincón en foco de inmundicia, y especialmente por las noches, la ofrenda líquida aumentaba de tal modo, que el escribiente y su hermano hacían propósito firme de abandonar el local. En vano se amonestaba al público con terribles pragmáticas de policía urbana, promulgadas por la autorizada voz del memorialista. El público no renunciaba por esto á su costumbre, y de seguro lo habrían pasado mal los dos hermanos si hubieran tratado de impedir por la fuerza la libertad mingitoria, autorizada por un derecho consuetudinario que, según la

© Biblioteca Nacional de España

feliz expresión de un parroquiano de aquel sitio, radicaba en la naturaleza del hombre y en la hospitalidad forzosa del vecindario.

Enfrente de este portal clásico había una puertecilla, y por los dos yelmos de Mambrino, labrados en finísimo metal de Alcaraz y suspendidos á un lado y otro, se venía en conocimiento de que aquello era una barbería. Por mucho de notable que tuviera el exterior de este establecimiento, con su puerta verde, sus cortinas blancas, su redoma de sanguijuelas, su cartel de letras rojas, adornado con dos viñetas dignas de Maella, que representaban la una un individuo en el momento de ser afeitado, y la otra una dama á quien sangraban en un pie, mucho más notable era su interior. Tres mozos capitaneados por el maestro Calleja, rapaban semanalmente las barbas de un centenar de liberales de los más recalcitrantes Allí se discutía, se hablaba del Rey, de las Cortes, del Congreso de Verona, de la *Santa Alianza*. Oiríais allí la peroración contundente del oficial primero y más antiguo, mozo que se decía pariente de Porlier, el mártir de la libertad. Al compás de la navaja se recitaban versos amenizados con agudezas políticas; y las voces *camarilla*, *coletilla*, *trágala*, *Elío*, *la Bisbal*, *Vinuesa*, formaban el fondo de la conversación. Pero lo más notable de la barbería más notable de Madrid, era su dueño, Gaspar Calleja (se había quitado el Don después de 1820), héroe de la revolución, y uno de los mayores enemigos que tuvo Fernando el año 14 Así lo decía él.

Más lejos estaba la tienda de géneros de unos irlandeses establecidos aquí desde el siglo pasado. Vendían juntamente con el raso y el organdí encajes flamencos y catalanes, alepín para chalecos, ante para pantalones, corbatas de color de las llamadas *guirindolas*, y *carrikes* de cuatro cuellos, que estaban entonces en moda. El patrón era un irlandés gordo y suculento, de cara encendida, lustrosa y redonda como un queso de Flandes. Tenía fama de ser un servilón de á folio; pero, si esto era cierto, las circunstancias constitucionales del país, y especialmente de la Carrera de San Jerónimo, le obligaban á disimularlo. Fundábanse los que tan feo vicio imputaban al irlandés, en que cuando pasaba por la calle la Majestad de Fernando ó Amalia, la Alteza de *mi tío el doctor* ó de D. Carlos, el buen comerciante dejaba apresuradamente su vara y su escritorio para correr á la puerta, asomándose con ansiedad y mirando la real comitiva con muestras de ternura y adhesión. Pero esto pasaba, y el irlandés volvía á su habitual tarea haciendo todas las protestas que sus amigos le exigían.

Cerca de la tienda del irlandés se abría la puerta de una librería, en cuyo mezquino escaparate se mostraban abiertos por primera hoja algunos libros, tales como la *Historia de España* por Duchesne, las novelas de Voltaire, traducidas por autor anónimo, *Las noches* de Young, el *Viajador sensible* y la novela de *Arturo y Arabella*, que gozaba de gran popularidad en aquella época. Algunas obras de Montiano, Porcell, Arriaza, Olavide, Feijóo, un tratado del lenguaje de las flores y la *Guía del comadrón* completaban el repertorio.

Al lado, y como formando juego con este templo literario, estaba una tienda de perfumería y de bisutería con algunos objetos de caza, de tocador y de cocina, que todo esto formaban comercio común en aquellos días. Por entre los potes de pomadas y cosméticos; por entre las cajas de alfileres y juguetes, se descubría el perfil arqueológico de una vieja que era ama, dependiente, y aun fabricante de algunas drogas. Más allá había otra tienda oscura, estrecha y casi subterránea en que se vendían papel, tinta y cosas de escritorio, amén de algún braguero ú otro aparato ortopédico de singular forma. En la puerta pendía colgado de una espetera un manojo de plumas de ganso, y en lo más profundo y más lóbrego de la tienda lucían, como los ojos de un lechuzo en el recinto de una caverna, los dos espejuelos resplandecientes de D. Anatalio Mas, gran jefe de aquel gran comercio.

Enfrente había una tienda de comestibles, pero de comestibles aristocráticos. Existía allí un horno célebre, que asaba por Navidades más de cuatrocientos pavos de distintos calibres. Las empanadas de perdices y de liebres no tenían rival; sus pasteles eran celebérrimos, y nada igualaba á los lechoncillos asados que salían de aquel gran laboratorio. En días de convite, de cumpleaños ó de boda, no encargar los principales platos á casa de *Perico el Mahonés* (así le llamaban), hubiera sido indisculpable desacato. Al pormenor se vendían en la tienda rosquillas, vizcochos, galletas de Inglaterra y mantecadas de Astorga.

No lejos de esta tienda se hallaban las sedas, los hilos, los algodones, las lanas, las madejas y cintas de Doña Ambrosia (antes de 1820 la llamaban la tía Ambrosia), respetable matrona, comerciante en hilado: el exterior de su tienda parecía la boca escénica de un teatro de aldea. Por aquí colgaba á guisa de pendón una pieza de lanilla encarnada; por allí un ceñidor de majo; más allá ostentaba una madeja sus innumerables hilos blancos, semejando los pistilos de gigantesca flor, de lo alto pendía algún camisolín, infantiles trajes de mameluco, cenefas de percal, sartas de pañuelos, refajos y colgaduras. Encima de todo esto una larga tabla en figura de media, pintada de negro, fija en la muralla y perpendicular á ella, servía de muestra principal. En el interior todo era armonía y buen gusto; en el trípode del centro tenían poderoso cimiento las caderas de Doña Ambrosia, y más arriba se ostentaba el pecho ciclópeo y corpulento busto de la misma. Era española rancia, manchega y natural de Quintanar de la Orden, por más señas, señora de muy nobles y cristianos sentimientos. Respecto á sus ideas políticas, cosa esencial entonces, baste decir que quedó resuelto, después de grandes controversias en toda la calle, que era una servilona de lo más exagerado.

Estas tiendas con sus respectivos muestrarios y sus tenderos respectivos, constituían la decoración de la calle; había además una decoración movible y pintoresca, formada por el gentío que en todas direcciones cruzaba como hoy por aquel sitio. Entonces los trajes eran singularísimos. ¿Quién podría describir hoy la oscilación de aquellos puntiagudos faldones de casaca? ¿Y aquellos sombreros de felpa con el ala retorcida y la copa aguda como pilón de azúcar? ¿Se comprenden hoy los tremendos sellos de reloj, pesados como badajos de campana, que iban marcando con impertinente retintín el paso del individuo? Pues ¿y las botas á la *farolé* y las mangas de jamón, que serían el último grado de la ridiculez, si no existieran los tupés hiperbólicos, que asimilaban perfectamente la cabeza de un cristiano á la cabeza de un guacamayo?

El gremio cocheril exhibía allí también sus más característicos individuos. Lo menos veinte veces al día pasaban por esta calle las carrozas de los grandes que en las inmediaciones vivían. Estas carrozas, que ya se han sumergido en los oscuros abismos del no ser, se componían de una especie de navío de línea, colocado sobre una armazón de hierro; esta armazón se movía con la pausa y solemne revolución de cuatro ruedas, que no tenían velocidad más que para recoger el fango del piso y arrojarlo sobre la gente de á pie. El vehículo era un inmenso cajón: los de los días gordos estaban adornados con placas de carey. Por lo común las paredes de los ordinarios eran de nogal bruñido, ó de caoba, con finísimas incrustaciones de marfil ó metal blanco. En lo profundo de aquel antro se veía el novilísimo perfil de algún prócer esclarecido, ó de alguna vieja esclarecidamente fea. Detrás de esta máquina, clavados en pie sobre una tabla, y asidos á pesadas borlas, iban dos grandes levitones que, en unión de dos enormes sombreros, servían para patentizar la presencia de dos graves lacayos, figura simbólica de la etiqueta, sin alma, sin movimientos y sin vida. En la proa se elevaba el cochero, que en pesadez y gordura tenía por únicos rivales á las mulas, aunque éstas solían ser más racionales que él.

Rodaba por otro lado el vehículo público, tartana, calesa ó galera, el carromato tirado por una reata de bestias escualidas: y entre todo esto el esportillero con su carga, el mozo con sus cuerdas, el aguador con su cuba, el prendero con su saco y una pila de seis ó siete sombreros en la cabeza, el ciego con su guitarra y el chispero con su sartén.

Mientras nos detenemos en esta descripción, los grupos avanzan hacia la mitad de la calle y desaparecen por una puerta estrecha, entrada á un local que no debe de ser pequeño, pues tiene capacidad para tanta gente.

Aquella es la célebre *Fontana de Oro, café y fonda*, según el cartel que hay sobre la puerta; es el centro de reunión de la juventud ardiente, bulliciosa, inquieta por la impaciencia y la inspiración, ansiosa de estimular las pasiones del pueblo y de oir su aplauso irreflexivo. Allí se había constituído un club, el más célebre é influyente de aquella época. Sus oradores, entonces neófitos exaltados de un nuevo culto, han dirigido en lo sucesivo la política del país, muchos de ellos viven hoy, y no son por cierto tan amantes del bello principio que entonces predicaban.

(De *La Fontana de Oro.*)

(DE JUAN MARTÍN EL EMPECINADO)

La partida, á la cual desde aquella noche pertenecíamos los de tropa, se puso en movimiento. Apagóse el fuego de los hogares, sacudieron el sueño los que se entregaban á él dulcemente, deshiciéronse las honestas intimidades y las tertulias que en dis-

© Biblioteca Nacional de España

tintas casas se habían formado entre soldados y vecinos de ambos sexos; cada cual recogió lo que pudo de condumio sólido ó líquido, y unos á caballo y otros á pie salieron del pueblo. Aquel ejército marchaba en desorden. Mosén Antón y D. Vicente Sardina, que iban á la cabeza, detuviéronse en el camino junto á las últimas casas del pueblo, y entonces el primero dirigió la vista á los cuatro puntos del horizonte, recapacitó un buen espacio de tiempo, llevándose el dedo índice á la frente, y después volvió á dirigir el rostro á distintas partes del oscuro paisaje, no como quien mira, sino como quien olfatea.

El jefe le miraba con asombro, no exento de malicia, como diciendo:

—¿Por dónde nos querrá llevar este condenado?

—Hay que pensar qué dirección tomaremos, Sr. Sardina—dijo el jefe de Estado Mayor y de la caballería.—Las veredas son nuestra ciencia militar.

—Creo que no hay lugar á duda—replicó Sardina.—El sendero de Yela está diciéndonos: «corred por aquí.»

—No hemos de ir por ahí, sino por aquí—dijo Trijueque imperiosamente, señalando un cerro bastante elevado, que á nuestra derecha teníamos.—Por aquí, por aquí.

—Hombre de Dios..... ¿pero vamos á conquistar el cielo?—exclamó con displicencia Sardina.—¿Adónde demonio vamos en esta dirección?

—Por aquí—repitió el cura, señalando á la tropa el cerro.—Yo sé lo que me digo.

—¿En qué se funda Vd. para creer?....

—Me fundo en lo que me fundo—replicó con impaciencia el atroz cura guerrillero.—Y no hay más que hablar. Cuando yo lo mando sabido tengo por qué. Y á prisita, á prisita, muchachos..... hacer poco ruido.

Empezamos á echarnos á pecho la cuestecita, que era más que regular para los que marchábamos á pie. En los primeros momentos de la marcha satisfice mi curiosidad de conocer á los misteriosos personajes, á quienes oí nombrar con los apodos, pues apodos eran, de Viriato, Cid Campeador y D. Pelayo, porque los tres iban junto á mí, y al punto me brindaron, lo mismo que á mi compañero, con su franca amistad. No eran barbudos personajes de teatro, ni fantasma de héroes históricos evocados por la noche y la poesía, sino tres estudiantillos de Alcalá, que, desde el comienzo de la guerra, se habían afiliado en la partida. Conservaban el traje clerical de las aulas con el sombrerete trípico, amén de la faja de cuero para el pedreñal y un sable corvo ganado entre los despojos de cualquier acción desfavorable á los franceses. Eran muy jóvenes, y uno de ellos casi tierno niño; los tres, alegres, animosos, entusiasmados con aquella vida, que para gente de otra casta será penosa, pero que, para españoles, ha sido, es y será siempre placentera.

—Yo, señor oficial—me dijo el que llamaban Viriato—estudiaba en la Complutense cuando declaramos la guerra á Napoleón. Soy hijo de unos labradores del Campillo de las Ranas, y vivía en Alcalá, unos días de limosna, otros de la sopa boba y otros de lo que mis compañeros me quisieran dar..... En los veranos era el primer corredor de tuna que se ha conocido desde que el gran Cisneros fundó la Universidad..... De este modo, y aunque no lo parezca, adelantaba mucho en mis estudios, siendo *némine discrepante* en humanidades é *Instituta;* pero llegó la guerra, y al oir yo el *quadrupedante putrem sonitu quatit úngula campum*; al oir tal ruido de trompetas, tal redoble de tambores, tal relinchar de guerreros caballos, me sentí inflamado en bélico ardor. Cuando apareció la primera partida, creí volverme loco de entusiasmo; púseme yo mismo el nombre de Viriato, en memoria del más grande y el más célebre guerrillero que hemos tenido, y soldado me soy. Esta es la mejor vida del mundo. Tengo el grado de alférez, y como esto dure, pienso no parar hasta brigadier, renunciando para siempre á los pícaros estudios, que no traen más que trabajo en la juventud y hambre en la vejez.

—Brava gente es ésta—exclamé.—Pensar que con semejantes hombres nos han de quitar á nuestro rey Fernando, es majadería.

—No satisfecho aún—continuó Viriato—con el nombre que me puse (el mío verdadero es Aniceto Tortuera), expedí carta de heroísmo á estos venerables amigos míos, y á ese más pequeño, que apenas levanta cuatro tercios del suelo, por ser más bravo que un toro, le puse Cid Campeador. Ahí, donde Vd. le ve, tan callado y modesto, hijo es del señor marqués de Aleas, uno de los señores más ricos de esta tierra; mas con tener tanta hacienda prefiere el niño esta áspera vida á los regalos de su casa, y no se aparta de mí su amigo y paje en Alcalá. Bien hizo el señor marqués en encomendarlo á mi cuidado y dirección durante la paz, porque pienso devolvérselo en disposición de conquistar á Valencia, como el otro Cid.

—Mi señor padre—dijo el Cid Campeador con voz y gestos infantiles—me ha llamado varias veces enviándome veinte propios para que me lleven á casa; pero ya le he dicho que estoy aquí defendiendo á la patria, y que en diez años no me hablen de casas, ni de mamás, ni de golosinas..... A fe que es triste cosa dejar esto, cuando uno va para alférez y cuando el mejor día le pueden caer del cielo las insignias de coronel. Militar quiero ser toda la vida, que no estudiante ni legista, ni físico, ni retórico, ni matemático.

De todo ha de haber en el mundo—dijo enfáticamente Viriato—y si no ahí está mi amigo el príncipe de sangre goda, don Pelayo, que es legista de la patria. Púsele el nombre de Pelayo por lo venerable y augusto de su persona. ¡Vean Vds. qué majestad en sus movimientos, qué mirar regio!

Le miramos, y, en efecto, su fisonomía era la del pillete más redomado y pulido que han dado de sí claustros universitarios, porterías de conventos, mesones y posadas de estudiantes *more tunesca.*

—Es hijo de uno de los bedeles de la Universidad—añadió Viriato—y en fuerza de tratar con estudiantes sabe más leyes que Gregorio Sala, que el gran Madera y el célebre Montalvo reunidos. Buscaba posada á los estudiantes nuevos, acompañaba en sus diversiones á los antiguos, y compraba libros viejos para cambiarlos por sotanas y zapatos. Es grande amigo nuestro, y cuando llegamos á un lugar donde parece que no hay nada, él siempre encuentra algo. Señores oficiales, Vds. tendrán muchísimos buenos amigos en la partida, la cual, con todos sus trabajos y fatigas, vale más, mucho más que las siete famosas de D. Alfonso el Sabio, por lo cual nosotros resolvimos trocar las siete por una sola.

Seguimos departiendo alegremente, y cuando atravesábamos un áspero monte, sentí dentro de las mismas filas, no un estruendo de combate, no un grito de guerra, no un redoble de tambor ni son bélico de cornetas, sino unos lastimeros lamentos de criatura de pecho, que, con toda la fuerza de sus débiles pulmoncitos, pedía lo que no suelen dar los ejércitos, sino las amas de cría. Tan inusitados chillidos, que yo no había oído en ninguna de mis campañas, despertó de tal modo mi curiosidad, que pregunté el motivo de llevar en la partida tan extraño apéndice.

No tardé en divisar al Sr. Santurrias, que, llevando en brazos una criatura como de dos años, mal agazajada en un medio refajo amarillo, procuraba, condolido de su incapacidad, para desempeñar las funciones maternas, acallarla con exhortaciones, promesas y silogismos que habrían convencido á un doctor de la Iglesia, mas no á un infeliz huérfano hambriento.

—Este muchacho—me dijo Viriato—lo encontramos en un caserío, donde entramos una mañana hace dos meses. Los franceses, después de quemar el lugar, habían matado allí mucha gente; nosotros matamos á los franceses, y sólo quedó vivo ese caballero que da tales berridos. El Sr. Santurrias lo cogió y le lleva en brazos cuando va al espionaje, fingiéndose mendigo.... Nosotros le damos sopas de leche y migas de pan; pero él no quiere sino teta y más teta, porque, á pesar de tener dos años, no le habían despechado todavía. Cuando llegamos á un pueblo donde hay alguna mujer criando, se da buenos hartazgos, y así va viviendo el infeliz. Pasamos el rato con sus monadas y gracias infantiles, y procuramos despecharle, no sin trabajo ni malos ratos. Será un buen soldado, ¿qué digo, buen soldado? Será general, sí, señores, general. Le llamamos el *Empecinadillo*

—Pero condenado, tragón—decía Santurrias al pobrecito personaje que llevaba en brazos—¿no estuviste dos horas en Valderrebollo, chupando de la señá Gumersinda?....

—Déme acá, déme acá ese heliogábalo, Sr. Santurrias—dijo Viriato alargando los brazos para recoger la carga.—Ven acá, tragaldabas..... no hay teta..... Comerá Vd. rancho si lo hay, y beberá un cuartillo de vino..... Un general pidiendo teta..... calla, hombre, no toques diana, que nos vuelves sordos..... Arro, roooo..... Ahora llegaremos á un pueblo, sorprenderemos á los franceses, matando unos cuantos, y por fuerza habrá allí otra señora Gumersinda, que te dé una mamada..... Vamos..... es preciso ir dejando esas mañas..... los hombres no maman..... Es preciso comer. ¿Para qué quieres esos dentazos?

Después Viriato, arrullando al niño en sus brazos, le adormeció con cantares de cuna; y el guerrillero de dos años, metiéndose ambos puños en la boca para acallar su violento apetito, se durmió.

La señá Damiana Fernández vino á pedirnos municiones.

© Biblioteca Nacional de España

—Señá Damiana—le dijo Viriato—cargue Vd. este mostrenco, que antes debe ir en sus brazos que en los míos.

—Una doncella no carga chiquillos—repuso con desdén la guerrillera—que si entro con él en un pueblo, si á mano viene creerá la gente que es mío. Hay que guardar la honra, Sr. Viriato.

—¿Qué honra? ¡Ay, honradillo está el tiempo! Mal cosida has dejado la sotana del Cid Campeador. Damiana, por Dios, carga un rato este becerro.

—Cuando los eche al mundo los cargaré..... Cartuchos, señores, un cartucho por amor de Dios.

—¿El Cid no te los dá, pimpolla? Pícaro Cid Campeador..... si le cojo.. .

Estas conversaciones, y otras igualmente festivas, siguieron adelante, pero no pude gozar de ellas, porque me adelanté, llamado por mosén Antón. El cura iba caballero en un gran jamelgo, que parecía, por su gran alzada, hecho de encargo, para que, sobre la muchedumbre ecuestre y pedestre, se destacase de un modo imponente la rústica y tremebunda estampa del jefe de Estado Mayor. Caballo y jinete..... se asemejaban en lo deforme y anguloso, y ambos parecía que se identificaban el uno con el otro, formando una especie de monstruo apocalíptico. Los brazos larguísimos y negros de mosén Antón, dictando órdenes desde la altura de sus hombros; las piernas, ciñendo la estropeada silla, que echaba fuera el relleno por informes agujeros; la sotana, partida en dos luengos faldones, que agitaba el viento, y que en la penumbra de la noche parecían otros dos brazos ú otras dos piernas, añadidas á las extremidades reales del caballero; el escueto cuello del corcel, ribeteado por desiguales crines, que le daban el aspecto de una sierra; su cabeza, negra y descomunal, que, moviéndose á compás de las patas, parecía un martillo hiriendo en visible yunque, el son metálico de las herraduras, medio caídas, que iban chasqueando como quizás próximas á desprenderse; todo esto, que no se parecía á cosa ninguna vista por mí, se ha quedado hasta hoy fijamente grabado en mi memoria.

(DE LA BATALLA DE LOS ARAPILES)

La tremenda carga de Stapleton Cotton había variado la situación de las cosas. Leith se apareció de nuevo entre nosotros, acompañado del brigadier Sepry. En sus semblantes, en sus gestos lo mismo que en las vociferaciones de Pack comprendí que se preparaba un nuevo ataque al cerro. La situación del enemigo era ya mucho menos favorable que anteriormente, porque las ventajas obtenidas en nuestro centro, como el avance de la caballería y los progresos del general Cole, modificaban completamente el aspecto de la batalla. Packenham, después de rechazarlos del pueblo, les apretaba bastante por la falda oriental del cerro, de modo que estaban expuestos á sufrir las consecuencias de un movimiento envolvente Pero tenía poderosa fuerza en la vasta colina y además retirada segura por los montes de Cavarrasa. La brigada de Sepry que antes maniobrara en las inmediaciones del pueblo, corrióse á la derecha, para apoyar á Packenham. La división de Leith, la brigada de Pack con el 23 de línea, el 3.º y 5.º de ligeros entraron de nuevo en fuego.

Los franceses reconcentrándose en sus posiciones de la ermita para arriba, esperaban con imponente actitud. Sonó el tiroteo por diversos puntos; las columnas marcharon en silencio. Ya conocíamos el terreno, el enemigo y los tropiezos de aquella ascensión. Como antes, los franceses parecían dispuestos á dejarnos que avanzáramos, para recibirnos á lo mejor con una lluvia de balas; pero no fué así, porque de súbito desgajáronse con ímpetu amenazador sobre Packenham y sobre Leith atacando con tanto coraje que era preciso ser inglés para resistirlo. Las columnas de uno y otro lado habían perdido su alineación, y formadas de irregulares y deformes grupos ofrecían frentes erizados de picos, si se me permite expresarlo así, los cuales se engastaban unos en otros. Los dos ejércitos se clavaban mutuamente las uñas desgarrándose. Arroyos de sangre surcaban el suelo. Los cuerpos que caían eran á veces el principal obstáculo para avanzar; á ratos se interrumpían aquellos al modo de abrazos de muerte y cada cual se retiraba un poco hacia atrás á fin de cobrar nueva fuerza para una nueva embestida Observábamos los claros del suelo ensangrentado y lleno de cadáveres, y lejos de desmayar ante aquel espectaculo terrible, reproducíamos con doble furia los mismos choques. Cubierto de sangre, que ignoraba si había salido de mis propias venas ó de las de otro, yo me lanzaba á los mismos delirios que veía en los demás, olvidado de todo, sintiendo (y esto es evidente), como una segunda, ó mejor dicho, una nueva alma que no existía más que para regocijarse en aquellas ferocidades sin nombre, una nueva alma, en cuyas potencias irritadas se borraba toda memoria de lo pasado, todo idea extraña al frenesí en que estaba metida. Bramaba como los *highlanders*, y ¡cosa extraordinaria! en aquella ocasión yo hablaba ingles. Ni antes ni después supe una palabra de ese lenguaje; pero es lo cierto que cuando aullé en la batalla me lo entendían, y á mi vez les entendía yo.

El poderoso esfuerzo de los escoceses desconcertó un poco las líneas imperiales, precisamente en el instante en que llegó á nuestro campo la división de Clintón, que hasta entonces había estado en la reserva. Tropas frescas y sin cansancio entraron en acción, y desde aquel momento vimos que las horribles filas de franceses se mantuvieron inactivas aunque firmes. Poco después las vimos replegarse, sin dejar de hacer fuego muy vivo. A pesar de esto, los ingleses no se lanzaban sobre ellos. Corrió algun tiempo más, y entonces observamos que las tropas que ocupaban lo alto del cerro la abandonaban lentamente, resguardados por el frente que seguía haciendo fuego.

No sé si dieron órdenes para ello; lo que sé es que súbitamente los regimientos ingleses, que en distintos puntos ocupaban la pendiente, avanzaron hacia arriba con calma, sin precipitación. La cumbre del Grande Arapil era una extensión irregular y vasta, compuesta de otros pequeños cerros y vallecitos. Inmenso número de soldados cabían en ella, pero venía la noche, el centro del ejército enemigo estaba derrotado, su izquierda hacia el Tormes también, de modo que les era imposible defender la disputada altura. Francia empezaba á retirarse, y la batalla estaba ganada.

Sin embargo, no era fácil acuchillar, como algunos hubieran querido, á los franceses que aún ocupaban varias alturas, porque se defendían con aliento y sabían cubrir la retirada. Por nuestro lado fué donde más daño se les hizo. Mucho se trabajó para romper sus filas, para quebrantar y deshacer aquella muralla que protegía la huída de los demás hacia el bosque; pero al principio no fué fácil. El espectáculo de las considerables fuerzas que se retiraban casi ilesas y tranquilamente, nos impulsó á cargar con más brío sobre ellas, y al cabo, tanto se golpeó y machacó en la infortunada línea francesa, que la vimos agrietarse, romperse, desmenuzarse, y en sus innúmeros claros penetraron el puño y la garra del vencedor para no dejar nada con vida. ¡Terrible hora aquella en que un ejército vencido tiene que organizar su fuga ante la amenazadora é implacable saña del vencedor, que si huye destroza y si se queda le destroza también.

Caía la tarde; iba oscureciéndose lentamente el paisaje. Los desparramados grupos del ejército enemigo, rayas fugaces que serpenteaban en el suelo á lo lejos, se desvanecían absorbidos por la tierra y los bosques, entre la triste música de los roncos tambores. Estos y la algazara cercana y el ruido del cañón, que aún cantaba las últimas lúgubres estrofas del poema, producían un estrépito loco que desvancía el cerebro No era posible escuchar ni la voz del amigo gritando en nuestro oído. Había llegado el momento en que todo lo dicen las facciones y los gestos, y era inútil dar órdenes, porque no se entendían. El soldado veía llegada la ocasión de las proezas individuales, para la cual no necesitaba de los jefes, y todo estaba ya reducido á ver quién mataba más enemigos en fuga, quién cogía más prisioneros, quién podía echar la zarpa á un general, quién lograba poner la mano en una de aquellas veneradas águilas que se habían pavoneado orgullosas por toda Europa, desde Berlín hasta Lisboa.

El rugido que atronó los espacios cuando el vencedor, lleno de ira y sediento de venganza se precipitó sobre el vencido para ahogarle, no es susceptible de descripción. Quien no ha oído retumbar el rayo en el seno de las tempestades de los hombres, ignorará siempre lo que son tales escenas. Ciegos y locos sin ver el peligro ni la muerte, sin oir más que el zumbar de torbellino, nos arrojábamos dentro de aquel volcán de rabia. Nos confundíamos con ellos: unos eran desarmados, otros tendían á sus pies al atrevido que les quería coger prisioneros, cual moría matando, cual se dejaba atrapar estóicamente. Muchos ingleses eran sacrificados en el último pataleo de la bestia herida y desesperada: se acuchillaban sin piedad: miles de manos repartían la muerte en todas direcciones; y vencidos y vencedores caían juntos revueltos y enlazados, confundiendo la abrasada sangre.

No hay en la historia odio comparable al de ingleses y franceses en aquella época. Güelfos y gibelinos, cartagineses y romanos, árabes y españoles, se perdonaban alguna vez; pero Inglaterra y Francia en tiempo del Imperio se aborrecían como Satanes. La envidia simultánea de estos dos pueblos, de los cuales uno dominaba los mares del globo y otro las tierras, estallaba

© Biblioteca Nacional de España

en los campos de batalla de un modo horrible. Desde Talavera hasta Waterloo, los duelos de estos dos rivales tendieron en tierra un millón de cuerpos. En los Arapiles, una de sus más encarnizadas reyertas, llegaron ambos al colmo de la ferocidad.

Para coger prisioneros, se destrozaba todo lo que se podía en la vida del enemigo. Con unos cuantos portugueses é ingleses, me interné tal vez más de lo conveniente en el seno de la desconcertada y fugitiva infantería enemiga. Por todos lados presenciaba luchas insanas y oía los vocablos más insultantes de aquellas dos lenguas que peleaban con sus injurias como los hombres con las armas. El torbellino, la espiral me llevaba consigo, ignorante yo de lo que hacía; el alma no conservaba más conocimiento de sí misma que un anhelo vivísimo de matar algo. En aquella confusión de gritos, de brazos alzados, de semblantes infernales, de ojos desfigurados por la pasión, vi un águila dorada puesta en la punta de un palo, donde se enrollaba inmundo trapo, una arpillera sin color, cual si con ella se hubieran fregado todos los platos de la mesa de todos los reyes europeos. Devoré con los ojos aquel harapo, que en una de las oscilaciones de la turba, fué desplegado por el viento y mostró una N que había sido de oro y se dibujaba sobre tres fajas cuyo matiz era un pastel de tierra, de sangre, de lodo y de polvo. Todo el ejército de Bonaparte se había limpiado el sudor de mil combates con aquel pañuelo agujereado que ya no tenía forma ni color.

Yo ví aquel glorioso signo de guerra á una distancia como de cinco varas. Yo no sé lo que pasó: yo no sé si la bandera vino hasta mí, ó si yo corrí hácia la bandera. Si creyese en milagros, creería que mi brazo derecho se alargó cinco varas, porque sin saber cómo, yo agarré el palo de la bandera, y lo así tan fuertemente, que mi mano se pegó á él y lo sacudió y quiso arrancarlo de donde estaba. Tales momentos no caben dentro de la apreciación de los sentidos. Yo me ví rodeado de gente; caían, rodaban, unos muriendo, otros defendiéndose. Hice esfuerzos para arrancar el asta, y una voz gritó en francés:

—Tómala.

En el mismo segundo una pistola se disparó sobre mí. Una bayoneta penetró en mi carne; no supe por donde, pero sí que penetró. Ante mí había una figura lívida, un rostro cubierto de sangre, unos ojos que despedían fuego, unas garras que hacían presa en el asta de la bandera y una boca contraída que parecía que iba á comerse águila, trapo y asta, y á comerme también á mí. Decir cuánto odié á aquel monstruo, me es imposible; nos miramos un rato y luego forcejeamos. Él cayó de rodillas; una de sus piernas, no era pierna, sino un pedazo de carne. Pugné por arrancar de sus manos la insignia. Alguien vino en auxilio mío, y alguien le ayudó á él. Me hirieron de nuevo, me encendí en ira más salvaje aún, y estreché á la bestia apretándola contra el suelo con mis rodillas. Con ambas manos agarraba ambas cosas, el palo de la bandera y la espada. Pero esto no podía durar así, y mi mano derecha se quedó sólo con la espada. Creí perder la bandera; pero el acero empujado por mí se hundía más cada vez en una blandura inexplicable, y un hilo de sangre vino derecho á mi rostro como una aguja. La bandera quedó en mi poder; pero de aquel cuerpo que se revolvía bajo el mío surgieron al modo de antenas, garras, ó no sé qué tentáculo rabioso y pegajoso, y una boca se precipitó sobre mí clavando sus agudos dientes en mi brazo con tanta fuerza, que lancé un grito de dolor.

Caí, abrazado y constreñido por aquel dragón, pues dragón me parecía. Me sentí apretado por él, y rodamos por no sé qué declives de tierra, entre mil cuerpos, los unos muertos é inertes, los otros vivos y que corrían. Yo no ví más; sólo sentí que en aquel rodar veloz, llevaba el águila fuertemente cogida entre mis brazos. La boca terrible del monstruo apretaba cada vez más mi brazo, y me llevaba consigo, los dos envueltos, confundidos, el uno sobre el otro y contra el otro, bajo mil patas que nos pisaban; entre la tierra que nos cegaba los ojos; entre una oscuridad tenebrosa, entre un zumbido tan grande, como si todo el mundo fuese un solo abejón; sin conciencia de lo que era arriba y abajo, con todos los síntomas confusos y vagos de haberme convertido en constelación, en una como criatura circunvoladora, en la cual todos los miembros, todas las entrañas, toda la carne y sangre y nervios dieron vueltas infinitas y vertiginosas alrededor del ardiente cerebro.

Yo no sé cuánto tiempo estuve rodando; debió de ser poco; pero á mí me pareció algo al modo de siglos. Yo no sé cuándo paré; lo que sé es que el monstruo no dejaba de formar conmigo una sola persona, ni su feroz boca de morderme..... por último, no se contentaba con comerme el brazo, sino que al parecer, hundía su envenenado diente en mi corazón. Lo que también sé es que el águila seguía sobre mi pecho, yo la sentía. Sentía el asta cual si la tuviera clavada en mis entrañas. Mi pensamiento se hacía cargo de todo con extravío y delirio, porque él mismo era una luz ardiente que caía no sé de dónde, y en la inapreciable velocidad de su carrera describía una raya de fuego, una línea sin fin, que..... tampoco sé adónde iba. ¡Tormento mayor no le experimenté jamás! Este se acabó cuando perdí toda noción de existencia. La batalla de los Arapiles concluyó, al menos para mí.

LA VISIÓN DEL HOMBRE SOBRE LAS AGUAS

Gloria y sus tíos subieron tan taciturnos los cuatro, que parecían estatuas movibles. Por la fisonomía de cada uno podía colegirse el estado de su alma. Serafinita y el arzobispo oraban; D. Buenaventura renegaba. Gloria sonreía, y al mismo tiempo su palidez tomaba un tinte cadavérico. Al entrar en su cuarto se sentó entre Serafinita y el prelado, cada uno de los cuales le tomaban una mano.

—¿Qué tal te encuentras, chiquilla?—dijo Su Eminencia tratando de dar un giro festivo á la situación.

—Muy bien, tío.

—Mira tú por dónde ha venido á resultar que escogieras el camino más corto para llegar al cielo—añadió D. Angel.—Dime la verdad, ¿está tu alma tranquila?

—Sí, señor; me parece que tengo tranquilidad, ó una cosa que es como la tranquilidad—dijo Gloria, oprimiéndose el pecho.

—¿Estás contenta?

—Sí, señor. Cuando dije lo que puso fin á las cuestiones, lo dije..... qué sé yo..... Parece que brotó en mi alma un surtidor, una fuente..... El agua de ella fueron mis palabras.

—¡Bendito sea el Señor!—exclamó Su Eminencia juntando las manos en aptitud de oración.

Por las mejillas, siempre sonrosadas de Serafinita, corría una lágrima.

—¡El Señor es demasiado bueno con nosotros!—exclamó la dama juntando también las manos como D. Angel.—Nos da satisfacciones y regocijos que no merecemos.

—Querida tía—dijo Gloria, mostrando de nuevo aquella lúgubre sonrisa que sobre su rostro hacía el efecto de las flores de trapo que se ponen á los niños muertos.—Cuando Vd. quiera nos iremos á Valladolid.

– Mañana—repuso el Mefistófeles del cielo con viveza suma, enlazando con ambos brazos el cuerpo de su sobrina.

—¿Para qué tanta prisa?

—Mañana, mañana—repitió Gloria.—Deseo morir.

—¿Qué es eso de morir?—dijo Su Eminencia examinando con recelo el semblante de la joven.

—Llamo yo morir á esto.

—Tiene razón—indicó Serafinita.—Morir para todo, y vivir sólo para Dios.

D. Buenaventura salió del cuarto para anunciar al hebreo que la resolución de la huérfana era irrevocable.

—Irás al convento cuando te repongas un poco—dijo el prelado.—Tu salud no es buena; ¡pobre y desgraciada niñita! No puedes ocultar que padeces mucho. La resolución heroica que has tomado, esta resolución que bastaría, por la inmensidad del sacrificio que encierra, á aligerar tu alma del peso de las más grandes culpas, si las tuvieras; esta grande y meritoria abnegación que con asombro hemos presenciado, no puede menos de producir un gran trastorno en tu ya decaída salud. ¡Oh! ¡qué hermosa y grande me has parecido! Bien conozco el estado de tu alma; bien sé que si no está limpia aún del tenebroso amor que la ha oscurecido, hase purificado de toda intención pecaminosa; bien sé que en ella todo es rectitud, deseo de enmienda, afán de poseer á Dios, anhelo de humillación y padecimientos. Y si no tuviera yo respecto á tí tal convencimiento por la confesión que me has hecho, bastaría el acto que acabamos de presenciar para creerte regenerada. Y si ya no te lo hubiera dicho, ahora te diría con todo mi corazón: «Levántate: todos tus pecados te son perdonados. Yo te bendigo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

Gloria humilló su preciosa cabeza, sobre la cual el apóstol puso su santa mano.

—Por una circunstancia estimo meritoria y sublime tu determinación— añadió dejando el tono evangélico.—Tú afirmaste no creer nada de lo que la madre de ese hombre nos dijo.

—¿Cómo he de creerlo? Al punto comprendí que era una farsa —repuso la joven.

© Biblioteca Nacional de España

—Pues si le crees bueno y honrado (y en eso no sé qué decir, pues tengo mis dudas); si al mismo tiempo le veías próximo á abrazar tu religión; si todo se te presentaba propicio, todo lisonjero, ¡qué grande has sido al decir: «renuncio á todo, desprecio todos estos bienes temporales y transitorios, y quiero perderme por salvarme; quiero dejarlo todo por tí, Dios y Señor mío!»

—Antes moriré que poner discordia entre una madre y un hijo—dijo Gloria, mirando al cielo.—Además, no creo en la sinceridad de su conversión, y el camino escogido aquí para traer esa alma preciosa al reino de la verdadera luz, no es el más á propósito. Hay otro mejor.

—Sí, hay otro, el único—exclamó Serafinita con místico arrebato, tomando una mano de Gloria, y estrechándola contra su pecho.

—El será cristiano—afirmó Gloria con emoción.

—Será cristiano—respondió Serafinita.

—Cúmplase la voluntad de Dios—dijo el prelado mirando al suelo.—Ahora, querida niña, procura tranquilizarte. Serénate, irás al convento cuando estés más sosegada.

—Gloria volvió á sonreir.

—¿Estás alegre?

—Sí, por delante de mí—repuso la joven con cierto desvarío—pasan unas cosas que me hacen reir. Son tan graciosas.....

De pronto lanzó la carcajada que Daniel había oído al salir de la casa.

D. Angel y su hermano, asombrados y temerosos, la miraron.

—Gloria, hija mía, ¿qué tienes?

—¿Por qué ríes así?

La joven reclinó su hermosa cabeza en el respaldo del sofá, y poco á poco fué extinguiéndose en sus labios la risa, y se quedó seria; tomó su cara la taciturna seriedad de los muertos.

—¡Pobre hija de mi corazón!—dijo el prelado, contemplándola con lágrimas en los ojos.—Buenaventura, Buenaventura.

El banquero subió con presteza.

—Si no tengo nada—dijo Gloria, apartando á un lado y otro de la frente sus cabellos.

—¿Qué hablan ustedes allí de médicos y de medicinas? Yo no tengo nada. Sólo estoy pensando en que antes moriré que separar á un hijo de la madre que le adora.

Y levantándose, dió algunos pasos con agitación graciosa por la habitación.

—No, no; esa carne mortal no esta buena—dijo Su Eminencia con disgusto.—Buenaventura, manda llamar á D. Nicomedes.

—Acaba de llegar, y está abajo charlando con el cura y con D. Juan Amarillo.

El médico subió, y sus chistes, sus oportunas observaciones, sus cariñosos comentarios acerca del mal de Gloria, alegraron por breve rato á toda la familia. Era un hombre que infundía á los enfermos un espíritu de fortaleza tal, que no podía menos de influir lisonjeramente en la salud. Curaba como cualquier otro buen médico; pero sus enfermos tenían, mediante él, la fe y la devoción de curarse. Para hacer sus diagnósticos, empleaba las más gallardas figuras. Según él, el corazón de Gloria era un caballo desbocado. Su pensamiento, un pájaro, que habiendo remontado mucho el vuelo, se había cansado, y no hallaba monte en que posarse, y tenía que seguir volando ó dejarse caer. Sus nervios eran una casa de fieras, en la cual se hubieran abierto todas las jaulas. Con esto se reía la familia.

Antes de retirarse, D. Nicomedes dijo confidencialmente al prelado y á su hermano que el estado de Gloria le alarmaba mucho; que el desorden de su naturaleza era completo; que un absoluto reposo físico y moral, sin ninguna emoción, era indispensable para salvar tan preciosa existencia, y que ésta, sujeta á terribles crisis nerviosas, podía llegar á depender de un cabello.

Con tales advertencias, juzgaron conveniente someterla á un régimen de descanso. Después de obligarla á acostarse, todos la acompañaron en la primera parte de la noche, compitiendo en manifestaciones cariñosas, y tratando á porfía de dar á la tertulia el tono más alegre. Por consejo de D. Buenaventura, no se habló nada absolutamente de religión, ni de la escena de aquella tarde, ni del convento de Valladolid, ne de sacrificios, ni de padecimientos, ni de cruces, ni de calvarios.

El pobre banquero estaba afligidísimo por ver malogrados sus generosos planes, y sentía la compasión más viva hacia su sobrina. Al anochecer tuvo que habérselas con D. Juan Amarillo, que, sin reparar en conveniencia alguna, abordó el asunto de la compra de la casa. Pero hallándose D. Buenaventura de muy mal talante, el alcalde no pudo obtener tampoco aquella vez una respuesta categórica, por lo cual se retiró triste y mustio, sin tener más consuelo que mirar desde el jardín la fachada del edificio, y pensar en las reparaciones que le haría por dentro y por fuera cuando Dios quisiera ponerle en sus manos.

D. Buenaventura dió una vuelta por el pueblo, con objeto de ver á algunas personas. Después volvió á la casa. Era tarde. La familia había cenado ya, y el prelado se retiraba á su cuarto. Gloria aprovechó un instante en que estaba solo con élla en la alcoba su tío D. Buenaventura, y le llamó con la mano. Acercóse el banquero.

—Tío—dijo Gloria con voz muy débil—¿quiere Vd. decirme una cosa?

—Lo que quieras, queridita—repuso Lantigua con el mayor cariño.—¿Qué deseas saber?

—Una cosa. ¿Se han ido?

—¿Quiénes?

—Esa gente.

—¿Los?....

—Los judíos—dijo Gloria, bajando tanto la voz que apenas se oía.

—¿A qué te afanas por lo que no te importa? Duerme en paz.

—Deseo saberlo..... Lo deseo mucho.

—Pues bien, niña mía, se van mañana temprano. La madre y el hijo están preparando todo.

—¿Les ha visto usted? . .

Los ojos de la huérfana brillaban tristes y curiosos.

—Sí y no..... he visto al hijo Hace un momento entraba en casa de Caifás..... A dormir, señorita, á descansar.

Y cariñosamente besó sus abrasadas mejillas. El arzobispo y Serafinita entraron. Los tres contemplaron en silencio á la joven, que cerrando los ojos parecía ceder á las primeras caricias del sueño. D. Angel le dijo cosas placenteras, graciosas y llenas de caridad, como él sabía hacerlo cuando visitaba enfermos. Tomóle el pulso, encontrólo excitado, mas no alarmante; recomendóle que rezara brevemente sin fatigar mucho la imaginación, y por último, manifestó el deseo de que no se quedara sola aquella noche. Quiso velar para cuidarla Serafinita; pero Su Eminencia se opuso resueltamente á ello. Instó la dama, púsose Gloria de parte de su tío, estuvo á punto de enfadarse el metropolitano, y entonces Serafinita, cuya ley era la obediencia, cedió el puesto á Francisca. Esta trajo su colchón, encendió la lámpara de velar enfermos; se dispuso a pasar allí la noche. Retiráronse los demás.

Pasaron las horas; la casa estaba en profundo silencio. Gloria se sumergía lentamente en las cóncavas honduras de un letargo febril. La pobrecita padecía, porque su espíritu pugnaba por vencer aquel sopor de muerte, y en sus esfuerzos había la trémula ansiedad del que suspendido sobre un abismo se agarra á la débil rama de un arbol para no caer. Aquel abismo era la muerte. La infeliz se abandonó al fin, y llena de angustia, dijo en su alma: «Me muero.» Y en la vaguedad de sus sensaciones y de sus ideas, se figuraba que su persona era simplemente un nombre escrito, y decía: «Me borro.»

Al mismo tiempo estrechaba sus dos brazos fuertemente contra el pecho. Aquel ademán era el amoroso y último adiós á dos seres queridos. Gloria les besaba en idea, y dándoles vida y cuerpo en su fantasía poderosa, les prodigaba las más tiernas caricias, y los nombres más dulces del lenguaje del corazón..... La pobre enferma seguía descendiendo. Parecióle que venía contra ella un soplo helado, y agitándose y gimiendo como una llama, se apagó. Entonces dijo: «Verdaderamente estoy muerta. Ya no veré más á las prendas de mi corazón.»

La pobre se sintió llorada por su familia; se sintió amortajada por la piadosa mano de su tía, que se la representaba como un ángel blanco y sereno; se sintió puesta en una caja fría y dura, y fué rodeada de silencio y alumbrada de tristes luces.

Y sin embargo, en medio de tan lúgubre silencio, ella atendía al fenomeno de su muerte, lo observaba, se miraba en él como en claro espejo, y en él veía reflejarse su hermosura, su amor, sus padecimientos, todo lo que constituía la desgraciada personalidad que en el mundo llevaba el nombre de Gloria.

Se sintió bajada á un antro cavernoso y húmedo y encerrada en estrecho espacio, sin aire, sin luz. Enorme peso había caído sobre ella; junto á sus brazos extendíanse entrelazadas como culebras las raíces de los árboles, de los mismos que más arriba mecían en la clara y tibia atmósfera sus hojas, dando albergue á los pájaros. Desde aquella profundidad sintió los pasos de los que aún vivían, y entonces pensó con más fuerza en las prendas de su corazón. Pensó tanto, que las lágrimas brotaron de sus ojos, corriendo como manantial escondido por aquella oscura entraña de la tierra. Entonces Gloria vió la extensión de los cielos, el mar, pero no la tierra ni el sitio donde estaba. Todo era claridad, luz, día infinito. Allá lejos distinguió al fin una especie de ribera

© Biblioteca Nacional de España

mezquina, montes, arboles, una torre, y desde aquel horizonte veía un hombre, marchando á pasos de gigante. Crecía al avanzar, y avanzaba tanto, que al llegar junto á la muerta, tocaba el cielo con su cabeza. Pasó sin verla, y entrando en el mar, corrió por encima de él. Se deslizaba como una nube. En sus brazos llevaba un pequeño ser, un niño, cuyos ojos brillaban como astros negros sobre la claridad del día. Gloria vió aquel precioso rostro infantil, tan lindo, que el Niño Jesús, comparado con él, era feo; y al verle su corazón se partió en dos. Observó la hermosa visión, y cómo alejándose disminuía. El padre miraba siempre hacia adelante; el niño hacia atrás. Resbalaban sobre las aguas.....

Gloria dió un grito, hizo un esfuerzo supremo, uno de esos esfuerzos del alma que son capaces de tornar á infundir la vida en la carne abandonada; rompió sus ligaduras, levantó aquella enorme mole de tierra que tenía encima, y si tuviera por cenotafio la pirámide de Cheops, la levantara lo mismo; se incorporó, se puso en pie, corrió.....

Francisca soñaba también, mas soñaba cosas placenteras, á saber: que había venido su hermano de América, trayendo mucho dinero. Ambos eran ricos y felices. Y á compás con esta delectación de su espíritu roncaba el cuerpo con estrépito. Pero después tuvo una pesadilla horrible, despertó sobresaltada, miró al lecho de su amita, y á la indecisa luz de la lámpara, observó que estaba vacio..... Miró á todos lados..... Gloria no estaba en la alcoba. La pobre mujer sintió gran pavor; en el primer instante no pudo gritar, porque le pareció que tenía un dogal al cuello..... al fin gritó, y saliendo despavorida del cuarto, llamó á D. Buenaventura, á Serafinita, al cardenal. Mayor fué su consternación al ver que despuntaba la aurora. El grito de la buena mujer era:

—«La señorita no está. ¡Se ha escapado!»

(De *Gloria*.)

LUZ A OSCURAS

La galería era larga y ancha. A un extremo estaba la puerta del cuarto donde moraba el ingeniero, en el centro la del comedor y al otro extremo la escalera y una puerta grande y cerrada, con peldaño en el umbral. Aquella puerta era la de una capilla, donde los Polentinos tenían los santos de su devoción doméstica. Alguna vez se celebraba en ella el santo sacrificio de la misa.

Rosario dirigió á su primo hacia la puerta de la capilla, y se dejó caer en el escalón.

—¿Aquí?.....—murmuró Pepe Rey.

Por los movimientos de la mano derecha de Rosario, comprendió que ésta se santiguaba.

—Prima querida, Rosario..... ¡gracias por haberte dejado ver! —exclamó estrechándola con ardor entre sus brazos.

Sintió los dedos fríos de la joven sobre sus labios, imponiéndole silencio. Los besó con frenesí.

—Estás helada..... Rosario..... ¿por qué tiemblas así?

Daba diente con diente, y su cuerpo todo se estremecía con febril convulsión. Rey sintió en su cara el abrasador fuego del rostro de su prima, y alarmado exclamó:

—Tu frente es un volcán, Rosario. Tienes fiebre.

—Mucha.

—¿Estás enferma realmente?

—Sí.....

—Y has salido.....

—Por verte.

El ingeniero la estrechó entre sus brazos para darle abrigo; pero no bastaba.

—Aguarda—dijo vivamente levatándose.—Voy á mi cuarto á traer mi manta de viaje.

—Apaga la luz, Pepe.

Rey había dejado encendida la luz dentro de su cuarto, y por la puerta de éste salía una tenue claridad, iluminando la galería.

Volvió al instante. La oscuridad era ya profunda. Tentando las paredes pudo llegar hasta donde estaba su prima. Reuniéronse y la arropó cuidadosamente de los pies á la cabeza.

—¡Qué bien estás ahora, niña mía!

—Sí, ¡qué bién!.... Contigo.

—Conmigo..... y para siempre—exclamó con exaltación el joven.

Pero observó que se desasía de sus brazos y se levantaba.

—¿Qué haces?

Sintió el ruido de un hierrecillo. Rosario entraba una llave en la invisible cerradura, abría cuidadosamente la puerta en cuyo umbral se habían sentado. Leve olor de humedad, inherente á toda la pieza cerrada por mucho tiempo, salía de aquel recinto oscuro como una tumba. Pepe Rey se sintió llevado de la mano, y la voz de su prima dijo débilmente:

—Entra.

Dieron algunos pasos. Creíase él conducido á ignotos lugares Elíseos por el ángel de la noche. Ella tanteaba. Por fin volvió á sonar su dulce voz murmurando:

Siéntate.

Estaban junto á un banco de madera. Los dos se sentaron. Pepe Rey la abrazó de nuevo En el mismo instante su cabeza chocó con un cuerpo muy duro.

—¿Qué es esto?

—Los pies.

—Rosario..... ¿qué dices?

—Los pies del Divino Jesús, de la imagen de Cristo crucificado que adoramos en mi casa.

Pepe Rey sintió como una frialdad lanzada que le traspasó el corazón.

—Bésalos—dijo imperiosamente la joven.

El matemático besó los helados pies de la santa imagen.

—Pepe—exclamó después la señorita, estrechando ardientemente la mano de su primo.—¿Tú crees en Dios?

—¡Rosario!. ... ¿qué dices ahí? ¡Qué locuras piensas!—repuso con perplejidad el primo.

—Contéstame.

Pepe Rey sintió humedad en sus manos.

—¿Por qué lloras?—dijo lleno de turbación.

—Rosario, me estás matando con tus dudas absurdas. ¡Que si creo en Dios! ¿Lo dudas tú?

—Yo no; pero todos dicen que eres ateo.

—Desmerecerías á mis ojos, te despojarías de tu aureola de pureza y de bondad si dieras crédito á tal necedad.

—Oyéndote calificar de ateo, y sin poder convencerme de lo contrario por ninguna razón, he protestado desde el fondo de mi alma contra tal calumnia. Tú no puedes ser ateo. Dentro de mí tengo yo vivo y fuerte el sentimiento de tu religiosidad, como el de la mía propia.

—¡Qué bien has hablado! Entonces, ¿por qué me preguntas si creo en Dios?

—Porque quería escucharlo de tu misma boca y recrearme oyéndotelo decir. ¡Hace tanto tiempo que no oigo el acento de tu voz!. ... ¿Qué mayor gusto que oirlo de nuevo, después de tan gran silencio, diciendo: creo en Dios?

—Rosario, hasta los malvados creen en El. Si existen ateos, que lo dudo, son los calumniadores, los intrigantes de que está infestado el mundo..... l'or mi parte, me importa poco las intrigas y las calumnias, y si tú te sobrepones á ellas y cierras tu cozón á los sentimientos de discordia, que una mano aleve quiere introducir en él, nada se opondrá á nuestra felicidad.

—¿Pero qué nos pasa? Pepe, querido Pepe..... ¿tú crees en el diablo?

El ingeniero calló. La oscuridad de la capilla no permitía á Rosario ver la sonrisa con que su primo acogiera tan extraña pregunta.

—Será preciso creer en él—dijo al fin.

—¿Qué nos pasa? Mamá me prohibe verte; pero fuera de lo del ateísmo no habla mal de tí. Díceme que espere, que tú decidirás, que te vas, que vuelves..... Háblame con franqueza..... ¿Has formado mala idea de mi madre?

—De ninguna manera—replicó Rey apremiado por su delicadeza.

—¿No crees, como yo, que me quiere mucho; que nos quiere á los dos; que sólo desea nuestro bien, y que al fin y al cabo hemos de alcanzar de ella el consentimiento que deseamos?

—Si tú lo crees así, yo también..... Tu mamá nos adora á entrambos..... Pero, querida Rosario, es preciso confesar que el demonio ha entrado en esta casa.

—No te burles—repuso ella con cariño.....—¡Ay! mamá es muy buena. Ni una sola vez me ha dicho que no fueras digno de ser mi marido. No insiste más que en lo del ateísmo. Dicen además que tengo manías, y que ahora me ha entrado la de quererte con toda mi alma. En nuestra familia es ley no contrariar de frente las manías congénitas que tenemos, porque atacándolas se agravan más.

—Pues yo creo que á tu lado hay buenos médicos que se han propuesto curarte, y que al fin, adorada niña mía, lo van á conseguir.

—No, no, no mil veces—exclamó Rosario apoyando su frente en el pecho de su novio.—Quiero volverme loca contigo. Por

© Biblioteca Nacional de España

tí estoy padeciendo, por tí estoy enferma; por tí desprecio la vida y me expongo á morir..... Ya lo preveo; mañana estaré peor; me agravaré..... Moriré: ¿qué me importa?

—Tú no estás enferma -repuso él con energía—tú no tienes sino una perturbación moral, que naturalmente trae ligeras afecciones nerviosas; tú no tienes más que la pena ocasionoda por esta horrible violencia que están ejerciendo sobre tí. Tu alma sencilla y generosa no lo comprende. Cedes; perdonas á los que te hacen daño; te afliges, atribuyendo tu desgracia á funestas influensias sobrenaturales; padeces en silencio; entregas tu inocente cuello al verdugo; te dejas matar, y el mismo cuchillo hundido en tu garganta te parece la espina de una flor que se te clavó al pasar. Rosario, desecha esas ideas; considera nuestra verdadera situación, que es grave; mira la causa de ella donde verdaderamente está, y no te acobardes, no cedas á la mortificación que se te impone, enfermando tu alma y tu cuerpo. El valor de que careces te devolverá la salud, porque tú no estás realmente enferma, querida niña mía, tú estás..... ¿quiéres que lo diga? estás asustada, aterrada. Te pasa lo que los antiguos no sabían definir y llamaban maleficio. Rosario, ánimo, ¡confía en mí! Levántate y sígueme. No te digo más.

—¡Ay! ¡Pepe..... primo mío!..... se me figura que tienes rázón —exclamó Rosario anegada en llanto.—Tus palabras resuenan en mi corazón como golpes violentos que estremeciéndome, me dan nueva vida. Aquí en esta oscuridad donde no podemos vernos las caras, una luz inefable sale de tí y me inunda el alma. ¿Qué tienes tú, que así me trasforma? Cuando te conocí, de repente fuí otra. En los días en que he dejado de verte, me he visto volver á mi antiguo estado insignificante, á mi cobardía primera. Sin tí vivo en el Limbo, Pepe mío..... Haré lo que me dices; me levanto y te sigo. Iremos juntos adonde quieras. ¿Sabes que me siento bien? ¿sabes que no tengo ya fiebre? ¿que recobro las fuerzas? ¿que quiero correr y gritar? ¿que todo mi ser se renueva y se aumenta y se centuplica para adorarte? Pepe, tienes razón. Yo no estoy enferma, yo no estoy sino acobardada, mejor dicho, fascinada.

—Eso es fascinada.

—Fascinada. Terribles ojos me miran y me dejan muda y trémula. Tengo miedo; ¿pero á qué?..... Tú sólo tienes el extraño poder de devolverme la vida. Oyéndote resucito. Yo creo que si me muriera y fueras á pasear junto á mi sepultura, desde lo hondo de la tierra sentiría tus pasos. ¡Oh! ¡si pudiera verte ahora!. .. Pero estás aquí, á mi lado, y no puedo dudar que eres tú..... ¡Tanto tiempo sin verte!.. .. Yo estaba loca. Cada día de soledad me parecía un siglo..... Me decían que mañana, que mañana y vuelta con mañana. Yo me asomaba por las noches á la ventana, y la claridad de la luz de tu cuarto me servía de consuelo. A veces tu sombra en los cristales, era para mi una aparición divina. Yo extendía los brazos hacia fuera, derramaba lágrimas y gritaba con el pensamiento, sin atreverme á hacerlo con la voz. Cuando recibí tu recado por conducto de la criada; cuando recibí tu carta diciéndome que te marchabas, me puse muy triste, creí que se me iba saliendo el alma del cuerpo y que me moría por grados. Yo caía, caía, como el pájaro herido cuando vuela, que va cayendo y muriéndose, todo al mismo tiempo.. ..Esta noche cuando te ví despierto tan tarde, no pude resistir el anhelo de hablarte, y bajé. Creo que todo el atrevimiento que puedo tener en mi vida, lo he consumido y empleado en una sola acción, en esta, y que ya no podré dejar de ser cobarde..... Pero tú me darás aliento; tú me darás fuerzas; tú me ayudarás ¿no es verdad?.... Pepe, primo mío querido, díme que sí; díme que tengo fuerzas y las tendré, díme que no estoy enferma y no lo estaré. Ya no lo estoy. Me encuentro tan bien, que me río de mis males ridículos.

Al decir esto, Rosarito se sintió frenéticamente enlazada por los brazos de su primo. Oyose un ¡ay! pero no salió de los labios de ella, sino de los de él, porque habiendo inclinado la cabeza, tropezó violentamente con los pies del Cristo. En la oscuridad es donde se ven las estrellas.

En el estado de su ánimo y en la natural alucinación que producen los sitios oscuros, á Rey le parecía, no que su cabeza había topado con el santo pie, sino que éste se había movido, amonestándole de la manera más breve y más elocuente. Entre serio y festivo alzó la cabeza y dijo así:

—Señor, no me pegues, que no haré nada malo.

En el mismo instante Rosario tomo la mano del joven, oprimiéndola contra su corazón. Oyóse una voz pura, grave, angelical, conmovida, que habló de este modo:

—Señor que adoro, Señor Dios del mundo y tutelar de mi casa y de mi familia; Señor á quien Pepe también adora; Santo Cristo bendito que moriste en la cruz por nuestros pecados; ante Tí, ante tu cuerpo herido, ante tu frente coronada de espinas, digo que este es mi esposo, y que después de Tí, es el que más ama mi corazon; digo que le declaro mi esposo y que antes moriré que pertenecer á otro. Mi corazón y mi alma son suyos. Haz que el mundo no se oponga á nuestra felicidad y concédeme el favor de que esta unión que juro sea buena ante el mundo, como lo es en mi conciencia.

—Rosario, eres mía—exclamó Pepe Rey con exaltación.—Ni tu madre ni nadie lo impedirá.

La prima inclinó su hermoso busto inerte sobre el pecho del primo. Temblaba en los amantes brazos varoniles, como la paloma en las garras del águila.

Por la mente del ingeniero pasó como un rayo la idea de que existía el demonio; pero entonces el demonio era él.

Rosario hizo un ligero movimiento de miedo, tuvo como el temblor de sorpresa que anuncia el peligro.

—Júrame que no desistirás—dijo turbadamente Rey, atajando aquel movimiento.

—Te lo juro por las cenizas de mi padre que están.....

—¡Dónde!

—Bajo nuestros pies.

El matemático sintió que se levantaba bajo sus pies una losa..... pero no, no se levantaba: es que él creyó notarlo así, á pesar de ser matemático.

—Te lo juro—repitió Rosario—por las cenizas de mi padre y por Dios que nos está mirando..... Que nuestros cuerpos, unidos como están ahora, reposen bajo estas losas cuando Dios quiera llevarnos de este mundo.

—Sí - repitió él, sintiendo llena su alma de una turbación inexplicable.

Ambos permanecieron en silencio durante breve rato. Rosario se había levantado.

—¿Ya?

Volvió á sentarse.

—Tiemblas otra vez—dijo Pepe—Rosario, tú estás mala; tu frente abrasa.

Tentóla y ardía.

—Parece que me muero—murmuró la joven con desaliento.—No sé qué tengo.

Cayó sin sentido en brazos de su primo. Agasajándola, notó que el rostro de la joven se cubría de helado sudor.

—Está realmente enferma—dijo para sí.—Esta salida es una verdadera calaverada.

Levantóla en sus brazos tratando de reanimarla, pero ni el temblor de ella ni el desmayo cesaban, por lo cual resolvió sacarla de la capilla, á fin de que el aire fresco de la noche la reanimase. Asi fué en efecto. Recobrado el sentido, manifestó Rosario mucha inquietud por hallarse á tal hora fuera de su habitación. El reloj de la catedral dió las cuatro.

—¡Qué tarde! -exclamó la joven. —Suéltame, primo. Me parece que puedo andar. Verdaderamente estoy muy mala.

—Subiré contigo.

—Eso de ninguna manera. Antes iré arrastrándome hasta mi cuarto..... ¿No te parece que se oye un ruido?.....

Ambos callaron. La ansiedad de su atención determinó un silencio absoluto.

—¿No oyes nada, Pepe?

—Absolutamente nada.

—Pon atención .... Ahora, ahora vuelve á sonar. Es un rumor que no sé si suena lejos, muy lejos, ó cerca, muy cerca. Lo mismo podría ser la respiración de mi madre que el chirrido de la veleta que está en la torre de la catedral. ¡Ah! Tengo un oído muy fino.

—Demasiado fino..... Con que, querida prima, te subiré en brazos.

—Bueno, súbeme hasta lo alto de la escalera. Después iré yo sola. En cuanto descanse un poco, me quedaré como si tal cosa..... ¿Pero no oyes?

Detuviéronse en el primer peldaño.

—Es un sonido metálico.

—¿La respiración de tu mamá?

—No, no es eso. El rumor viene de muy lejos. ¿Será el canto de un gallo?

—Podrá ser.

—Parece que suenan dos palabras diciendo: *allá voy, allá voy*.

—Ya, ya oigo—murmuró Pepe Rey.

—Es un grito.

—Es una corneta.

—¡Una corneta!

© Biblioteca Nacional de España

—Sí. Sube pronto. Ya se oye con claridad. No es trompeta sino clarín. La tropa se acerca.

—¡Tropa!

—No sé por qué me figuro que esta invasión militar ha de ser provechosa para mí..... Estoy alegre. Rosario, arriba pronto.

—También yo estoy alegre. Arriba.

En un instante la subió, y los dos amantes se despidieron, hablándose al oído tan quedamente, que apenas se oían.

—Me asomaré por la ventana que da á la huerta, para decirte que he llegado á mi cuarto sin novedad. Adiós.

—Adiós, Rosarito. Ten cuidado de no tropezar con los muebles.

—Por aquí navego bien, primo. Ya nos veremos otra vez. Asómate á la ventana de tu cuarto si quieres recibir mi parte telegráfico.

Pepe Rey hizo lo que se le mandaba; pero aguardó largo rato, y Rosario no apareció en la ventana. El ingeniero creía sentir agitadas voces en el piso alto.

(De *Doña Perfecta*)

TONTERÍAS

Pablo y Mariancla salieron al campo, precedidos de Choto, que iba y volvía gozoso y saltón, moviendo la cola y repartiendo por igual sus caricias entre su amo y el lazarillo de su amo.

—Nela—dijo Pablo—hoy está el día muy hermoso. El aire que corre es suave y fresco, y el sol calienta sin quemar. ¿Adónde vamos?

—Echaremos por estos prados adelante—replicó la Nela, metiendo su mano en una de las faltriqueras de la americana del mancebo.—¿A ver qué me has traído hoy?

—Busca bien, y encontrarás algo—dijo Pablo riendo.

—¡Ah, Madre de Dios! Chocolate crudo..... ¡y poco que me gusta el chocolate crudo!.... nueces..... una cosa envuelta en un papel..... ¿qué es? ¡A! ¡Madre de Dios! un dulce..... ¡Dios Divino! ¡pues á fe que me gusta poco el dulce! ¡Qué rico está! En mi casa no se ven nunca de estas comidas ricas, Pablo. Nosotros no gastamos lujo en el comer. Verdad que no lo gastamos tampoco en el vestir Total, no lo gastamos en nada.

—¿Adónde vamos hoy?—repitió el ciego.

—Adonde quieras, niño de mi corazón—repuso la Nela, comiéndose el dulce y arrojando el papel que lo envolvía.—Pide por esa boca, rey del mundo.

Los negros ojuelos de la Nela brillaban de contento, y su cara de avecilla graciosa y vivaracha multiplicaba sus medios de expresión, moviéndose sin cesar. Mirándola se creía ver un relampagueo de reflejos temblorosos, como los que produce la luz sobre la superficie del agua agitada. Aquella débil criatura, en la cual parecía que el alma estaba como prensada y constreñida dentro de un cuerpo miserable, se ensanchaba y crecía maravillosamente al hallarse sola con su amo y amigo. Junto á él tenía espontaneidad, agudeza, sensibilidad, gracia, donosura, fantasía. Al separarse, parece que se cerraban sobre ella las negras puertas de una prisión.

—Pues yo digo que iremos adonde tú quieras—observó el ciego.—Me gusta obedecerte. Si te parece bien, iremos al bosque que está más allá de Saldeoro. Esto, si te parece bien.

—Bueno, bueno, iremos al bosque—exclamó la Nela, batiendo palmas.—Pero como no hay prisa, nos sentaremos cuando estemos cansados.

—Y que no es poco agradable aquel sitio donde está la fuente ¿sabes Nela?, y donde hay unos troncos muy grandes, que parecen puestos allí para que nos sentemos nosotros, y donde se oyen cantar tantos, tantísimos pájaros, que es aquello la gloria.

—Pasaremos por donde está el molino de quien tú dices que habla mascullando las palabras como un borracho. ¡Ay, qué hermoso día y qué contenta estoy!

—¿Brilla mucho el sol, Nela? Aunque me digas que sí, no lo entenderé, porque no sé lo que es brillar.

—Brilla mucho, sí, señorito mío. Y á tí ¿qué te importa eso? El sol es muy feo. No se le puede mirar á la cara.

—¿Por qué?

—Porque duele.

—¿Qué duele?

—La vista ¿Qué sientes tú cuando estás alegre?

—¿Cuando estoy libre, contigo, solos los dos en el campo?

—Sí.

—Pues siento que me nace dentro del pecho una frescura, una suavidad dulce. ...

- ¡Ahí te quiero ver! ¡Madre de Dios! Pues ya sabes como brilla el sol.

—Con frescura.

—No, tonto

—¿Pues con qué?

—Con eso.

—Con eso; ¿y qué es eso?

—Eso—afirmó nuevamente la Nela, con acento de la más firme convicción.

—Ya veo que esas cosas no se pueden explicar. Antes me formaba yo idea del día y de la noche. ¿Cómo? Verás: era de día, cuando hablaba la gente; era de noche, cuando la gente callaba y cantaban los gallos. Ahora no hago las mismas comparaciones. Es de día, cuando estamos juntos tú y yo; es de noche, cuando nos separamos.

—¡Ay, Divina Madre de Dios!—exclamó la Nela, echándose atrás las guedejas que le caían sobre la frente.—A mí, que tengo ojos, me parece lo mismo.

—Voy á pedirle á mi padre que te deje vivir en mi casa, para que no te separes de mí.

—Bien, bien—dijo María batiendo palmas otra vez.

Y diciéndolo, se adelantó saltando algunos pasos, y recogiendo con extrema gracia sus faldas empezó á bailar.

—¿Qué haces Nela?

—¡Ah! niño mío, estoy bailando. Mi contento es tan grande, que me han entrado ganas de bailar.

Pero fué preciso saltar una pequeña cerca, y la Nela ofreció su mano al ciego.

Después de pasar aquel obstáculo, siguieron por una calleja tapizada en sus rústicas paredes de lozanas hiedras y espinos. La Nela apartaba las ramas para que no picaran el rostro de su amigo, y al fin, después de bajar gran trecho, subieron una cuesta por entre frondosos castaños y nogales. Al llegar arriba, Pablo dijo á su compañera:

—Si no te parece mal, sentémonos aquí. Siento pasos de gente.

—Son los aldeanos que vuelven del mercado de Homedes. Hoy es miércoles. El camino real está delante de nosotros. Sentémonos aquí antes de entrar en el camino real.

—Es lo mejor que podemos hacer. Choto, ven aquí.

Los tres se sentaron.

—Si esta esto lleno de flores.....—dijo la Nela.

—¡Madre! ¡qué guapas!

—Cógeme un ramo. Aunque no las veo, ma gusta tenerlas en mi mano. Se me figura que las oigo.

—Eso sí que es gracioso

—Paréceme que teniéndolas en mi mano me dan á entender..... no puedo decirte cómo..... que son bonitas. Dentro de mí hay una cosa, no puedo decirte qué, una cosa que responde á ellas. ¡Ay! Nela, se me figura que por dentro yo veo algo.

—¡Oh! sí, lo entiendo..... como que todo lo tenemos dentro. El sol, las yerbas, la luna y el cielo grande y azul, lleno siempre de estrellas; todo, todo lo tenemos dentro; quiero decir que además de las cosas divinas que hay fuera, nosotros llevamos otras dentro. Y nada más..... Aquí tienes una flor, otra, otra, seis: todas son dintintas. ¿A que no sabes tú lo que son las flores?.....

—Pues las flores—dijo el ciego, algo confuso, acercándolas á su rostro—son..... unas como sonrisillas que echa la tierra..... La verdad, no sé mucho del reino vegetal.

—Madre Divinísima, ¡qué poca paciencia!—exclamó María, acariciando las manos de su amigo.—Las flores son las estrellas de la tierra.

—Vaya un disparate. ¿Y las estrellas, qué són?

—Las estrellas son las miradas de los que se han ido al cielo.

—Entonces las flores.....

—Son las miradas de los que se han muerto y no han ido todavía al cielo—afirmó la Nela, con la convicción y el aplomo de un doctor.—Los muertos son enterrados en la tierra. Como allá abajo no pueden estar sin echar una miradilla á la tierra, echan de sí una cosa que sube en forma y manera de flor. Cuando en un prado hay muchas flores, es porque allá..... en tiempos de atrás, enterraron en él muchos difuntos.

—No, no—replicó Pablo con seriedad.—No creas desatinos. Nuestra religión nos enseña que el espíritu se separa de la carne y que la vida mortal se acaba. Lo que se entierra, Nela, no es más que un despojo, un barro inservible que no puede pensar, ni sentir, ni tampoco ver.

© Biblioteca Nacional de España

—Eso lo dirán los libros, que según dice la Señana, estan llenos de mentiras.

—Eso lo dicen la fe y la razón, querida Nela. Tu imaginación te hace creer mil errores. Poco á poco yo los iré destruyendo, y tendrás ideas buenas sobre todas las cosas de este mundo y del otro.

—¡Ay, ay! con el doctorcillo de tres por un cuarto!.. . Ya..... ¡cuándo has querido hacerme creer que el sol está quieto y que la tierra da vueltas á la redonda!.... ¡Cómo se conoce que no lo ves! ¡Madre del Señor! Que me muera en este momento, si la tierra no se está más quieta que un peñón, y el sol va corre que corre. Señorito mío, no se la eche de tan sabio, que yo he pasado muchas horas de noche y de día mirando al cielo, y sé cómo está gobernada toda esa máquina.... La tierra está abajo, toda llena de islitas grandes y chicas. El sol sale por allá y se esconde por allí. Es el palacio de Dios.

—¡Qué tonta!

—¿Y por qué no ha de ser así? ¡Ay! Tú no has visto el cielo en un día claro: hijito, parece que llueven bendiciones..... Yo no creo que pueda haber malos, no; no los puede haber, si vuelven la cara hacia arriba y ven aquel ojazo que nos está mirando.

—Tu religiosidad, querida Nelilla, está llena de supersticiones. Yo te enseñaré ideas mejores.

—No me han enseñado nada—dijo María con inocencia—pero yo, cavila que cavilarás, he ido sacando de mi cabeza muchas cosas que me consuelan, y así cuando me ocurre una buena idea, digo: «esto debe de ser así, y no de otra manera.» Por las noches, cuando me voy sola á mi casa, voy pensando en lo que será de nosotros cuando nos muramos, y en lo mucho que nos quiere á todos la Virgen Santísima

—Nuestra madre amorosa.

—¡Nuestra madre querida! Yo miro al cielo y la siento encima de mí como cuando nos acercamos á una persona y sentimos el calorcillo de su respiración. Ella nos mira de noche y de día por medio de..... no te rías..... por medio de todas las cosas hermosas que hay en el mundo.

—¿Y esas cosas hermosas?....

—Son sus ojos, tonto. Bien lo comprenderías si tuvieras los tuyos. Quien no ha visto una nube blanca, un árbol, una flor, el agua corriendo, un niño, el rocío, un corderito, la luna paseándose tan maja por los cielos, y las estrellas, que son las miradas de los buenos que se han muerto.....

—Mal podrán ir allá arriba si se quedan debajo de tierra echando flores.

—¡Miren el sabihondo! Abajo se están mientras se van limpiando de pecados; que después suben volando arriba. La Virgen les espera. Sí, créelo, tonto. Las estrellas, ¿qué pueden ser sino las almas de los que ya están salvos? ¿Y no sabes tú que las estrellas bajan? Pues yo, yo misma las he visto caer así, así, haciendo una raya. Sí, señor, la estrellas bajan cuando tienen que decirnos alguna cosa.

—¡Ay, Nela!—exclamó Pablo vivamente.—Tus disparates, con serlo tan grandes, me cautivan y embelesan, porque revelan el candor de tu alma y la fuerza de tu fantasía. Todos esos errores responden á una disposición muy grande para conocer la verdad, á una poderosa facultad tuya, que sería primorosa si estuviera auxiliada por la razón y la educación..... Es preciso que tú adquieras un don precioso de que yo estoy privado; es preciso que aprendas á leer.

—¡A leer!.... ¿Y quién me ha de enseñar?

—Mi padre. Yo le rogaré á mi padre que te enseñe. Ya sabes que él no me niega nada. ¡Qué lástima tan grande que vivas así! Tu alma está llena de preciosos tesoros. Tienes bondad sin igual y fantasía seductora. De todo lo que Dios tiene en su esencia absoluta te dió á tí parte muy grande. Bien lo conozco, no veo lo de fuera, pero veo lo de dentro, y todas las maravillas de tu alma se me han revelado desde que eres mi lazarillo..... ¡Hace año y medio! Parece que fué ayer cuando empezaron nuestros paseos..... No, hace miles de años que te conozco. ¡Porque hay una relación tan grande entre lo que tú sientes y lo que yo siento!.... Has dicho ahora mil disparates, y yo, que conozco algo de la verdad acerca del mundo y de la religión, me he sentido conmovido y entusiasmado al oirte. Se me antoja que hablas dentro de mí.

—¡Madre de Dios!—exclamó la Nela, cruzando las manos. ¿Tendrá eso algo que ver con lo que yo siento?

—¿Qué?

—Que estoy en el mundo para ser tu lazarillo, y que mis ojos no servirían para nada si no sirvieran para guiarte y decirte cómo son todas las hermosuras de la tierra.

El ciego irguió su cuello repentina y vivísimamente, y extendiendo sus manos hasta tocar el cuerpecillo de su amiga, exclamó con afán:

—Dime. Nela, ¿y cómo eres tú?

La Nela no dijo nada. Había recibido una puñalada.

(De *Marianela*)

BATIÉNDOSE CON EL ANGEL

El hombre á quien hemos visto casi siempre sombrío y mudo en presencia de los acontecimientos y de las personas, desempeñando con fastidio de actor cansado un papel pasivo hasta ahora; este hombre que no nos ha revelado aún sino parte muy poco considerable de sus pensamientos, hallábase aquella noche más metido en sí que de costumbre y muy deseoso de hablar consigo mismo. Luego que llevó el sillón del enfermo á la banda de Oriente, dió la vuelta en derredor de la casa. Oyó cuchicheo de criados en la verja, y risa de fregonas y doncellas, que sentadas tomando el fresco de la calle, recibían las galanterías de los cocheros del hotel vecino. Incomodábale aquel rumor, y siguió adelante por la calle tortuosa trazada en el césped. Sentado en un banco del costado Norte, con los ojos vueltos al cielo, permaneció largo rato, el codo en el respaldo, la nuca en la palma de la mano, el cuerpo extendido con pereza y abandono.

Era astrónomo. Buscaba algo que le distrajera de aquel dolor continuo que no dejaba respiro á su alma. ¿Qué mejor descanso que mirar al inmutable cielo que parece un símbolo majestuoso de nuestro superior destino, y es, por la constancia y orden de sus giros, un emblema de la eternidad? El espíritu entristecido se lanza á aquel mar sin orillas como á su patria natural, y goza recorriendo las incomprensibles distancias y mirando cara á cara los espantosos tamaños.

Allí enfrente y arriba, fija, sola, quieta en apariencia, no muy grande, presidiendo como en un trono el decurso eterno de las demás estrellas, vió León á la Polar, primera letra de el libro del firmamento.

Las dos Osas le hacen la corte: la pequeña rodando junto á ella, la grande arrastrando su magnífica cola en grandioso círculo.

Casiopea, Cefeo, el Dragón, la enorme Cruz del Cisne, atrajeron sucesivamente su mirada, por último Vega, estrella hermosa, con no sé qué centelleo melancólico y elocuente. Es tan linda que nos dan ganas de cogerla y la cogeríamos si tuviéramos un brazo un millón trescientas treinta veces más grande que el brazo que necesitaríamos para encender nuestro cigarro en el Sol. Más hacia Occidente vió el lindo corrillo de estrellas de la Corona Boreal, que parecen darse la mano para danzar en el círculo persiguiendo siempre al hermoso Arcturus, uno de los soles más bellos y más grandes, que fulgura sereno, claro y como sonriente, con vanidad de su propia belleza. Era tarde y mientras Arcturus declinaba hacia el Ocaso, aparecía por la derecha el Cuadrado de Pegaso, seguido de la infeliz Andrómeda que se alarga hasta tocar á Perseo; apareció éste con la cabeza de Medusa en su mano y después la Cabra, sola en un ángulo del Cochero, sin compañía cercana, enojada, brillando con rayos que parecen saetas, mirándonos con entrecejo resplandeciente desde la distancia de ciento setenta billones de leguas. Su atención terrorífica echa setenta y dos años de camino para llegar hasta nosotros No lejos de allí vió el gracioso ramillete formado por las llorosas Pléyades que parecen huir de los cuernos del rojo Aldebarán..... León Roch calculaba por la hora el tiempo que tardaría en parecer el soberbio Orión, la maravilla más grande de los cielos, seguido de Sirio, ante cuya magnificencia palidece toda hermosura sidérea; después recorrió la región zodiacal buscando la coqueta Antares, con hermosa cabeza y garras de Escorpión; se detuvo luego á determinar los sitios de las nebulosas más notables; esparció la vista por la Vía Láctea, donde tiende sus alas el Aguila y abre sus brazos la Cruz del Cisne: por un rato se anodadó ante tanta belleza, considerando lo difícil que es para los ojos profanos el considerarla como una polvareda de soles, y por fin..... se cansó de mirar al cielo. Reclamado en el fondo de su alma por cuidados de la tierra y por una inquietud ó presentimiento inexplicables, levantóse del asiento y penetró en la casa.

Pasó de una pieza á otra y al entrar en el comedor oscuro oyó cuchicheo de voces. Eran las de su mujer y su cuñado que hablaban en el jardín, á dos pasos de la venta del comedor. Sentóse en una silla. Algunas de las palabras pronunciadas entre los

© Biblioteca Nacional de España

y tos llegaron á él, como el silabear quejumbroso y suspirón de María cuando rezaba de retahila. Acercándose un poco á la ventana, oyó más claramente. No era de su agrado aquella suerte de espionaje, pero una fuerza semejante á la querencia lúgubre del crimen le detuvo allí un rato Sus aterrados ojos miraban al grupo del jardín y su rostro palidecía como el de un reo que oye su sentencia. La misma fuerza de su enojo le alejó al cabo de allí, llevándole á vagar por la planta baja de la casa, discurriendo por las habitaciones cuyas puertas y ventanas estaban abiertas á causa del calor. Su figura pasaba reflejándose de un espejo á otro y se creería que estos jugaban con ella arrojándosela y recogiéndola. Asustáronse al sentirle pasar los pájaros que ya estaban dormidos, y la cortinas se movieron ceremoniosamente como á la entrada de un gran señor. Al fin dió con su cuerpo en el despacho que ahora servía de gabinete al pobre enfermo, y se arrojó en una butaca, dando descanso á su cabeza en las palmas de las manos. A ratos oíase un murmullo, como si hablara consigo mismo; á veces un apóstrofe cual si con otro hablara. Después se oía una risilla de desprecio, de burla, ó de ira, que la ira cuando es muy reconcentrada suele tener erupciones humorísticas, y últimamente verificóse en él un fenómeno cerebral bastante común en los momentos en que la ira y el dólor se encuentran actuando á sus anchas sobre el individuo, á solas, en parajes semioscuros y silenciosos

Con los ojos cerrados (y esto es lo más extraño), creyó ver la misma habitación en que estaba y se sintió á sí mismo precisamente allí donde mismo estaba. Y vió enfrente una figura japonesa, negra, rígida, recortada y destacándose sobre el fondo de colores inundados de luz. El cuerpo mezquino se mantenía sentado y tieso cual si de sí mismo fuera inquisidor, y el rostro gelatinoso, cadavérico, contraído todo por el hábito de estar siempre haciendo los visajes del escrúpulo y de la aflicción mística, elevaba al techo los ojos de esmeralda ó los paseaba con indiferencia estúpida por las paredes pobladas de acuarelas, mapas y estampas y por el suelo cubierto de fino junco.

León había caído en la somnolencia dolorosa á que llega después de los primeros parosismos una pena profundísima que no pudiendo salir á la superficie corre muy honda por los cauces del alma. Alguien más estaba allí. ¿Quiénes eran los que sentados en derredor formaban como un cónclave terrible? Eran Arcturus, Aldebarán, Vega, la Cabra, Orión, la coqueta Antares y el imponente Sirio..... En su delirio León vió que él mismo se levantaba arrebatado de coraje y violencia; que corría derecho hacia la delgada figura negra; que sin intimación la asía en sus brazos, gritando: «Insecto, has venido á robarme mi última esperanza! ¡Muere, pues!...»

Y el insecto acogotado le dirigía una mirada de indefinible dolor gimiendo entre los duros brazos, y su débil armazón se quebraba, crujiendo como una cáscara de nuez que se rompe. «¿Quién te ha llamado á gobernar el hogar ajeno?—le decía León, ciego de ira y haciéndolo astillas.—«¿Quién te autoriza á quitarme lo que me pertenece?... ¿Quién eres tú?... ¿De dónde has venido con tu horrible orgullo disfrazado de virtud?... ¿De qué te vale el desollarte vivo si no tienes verdadero espíritu de caridad?.....»—Y el pobre insecto expiraba con contracciones dolorosas, cerraba los ojos para siempre y parecía que sus ajados labios decían: «muero.» León, poseído de una cólera delirante, le apretaba más, y la víctima menguaba entre sus brazos: ya no era más que un negro manojo de zancas secas, de manos estrujadas y un carapacho roto como el juguete de cartón en manos de un niño..... Pero de pronto las estrellas prorrumpen en espantosa risa y huyen buscando cada cual su sitio arriba, el desbaratado cuerpecillo se deshace de los brazos asesinos, se transfigura, se engrandece, se torna de humilde en poderoso, de mezquino en fuerte; vésele alzarse y elevar la frente rodeada de luz, extender de su cuerpo negro alas esplendorosas, alzar del suelo los pies blancos y desnudos sin un grano de polvo de la tierra, y levantar el brazo formidable y musculoso cuya mano empuña una espada de fuego.

León echa mano al cinto. También él tiene su espada de fuego y la saca blandiéndola en el aire con amenazadora presteza.

«Menguado, ¿crees que te temo?»

«¡Atrás, impío!»

Y entre los dos, iluminado su bello rostro por el resplandor de las espadas, apareció María, mundanamente hermosa, mal veladas sus gracias voluptuosas, con los ojos encendidos de amor y la boca fruncida por un mohín de mojigatería.

«¡Colegial, déjamela! ¿no ves que es mía, no ves que la amo?»

«¡Atrás, impío!»

. . . . . .

(De *La familia de León Roch*)

NOTAS

La falta de espacio nos impide insertar fragmentos de *La Desheredada* **y de** *El Amigo Manso.*

MADRID.—Establecimiento tipo-litográfico, Real, 1.

OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORANEAS

I.—**Doña Perfecta** (2.ª edición).
II.—**Gloria (dos tomos)** (2.ª edición).
III.—**Marianela** (2.ª edición).
IV.—**La familia de León Roch (tres tomos)** (2.ª edición).
V.—**La Desheredada.**
VI.—**El Amigo Manso.**

EPISODIOS NACIONALES

PRIMERA SERIE

I.—*Trafalgar* (2.ª edición).
II.—*La corte de Carlos IV* (2.ª edición).
III.—*El 19 de Marzo y el 2 de Mayo* (2.ª edición).
IV.—*Bailén* (2.ª edición).
V.—*Napoleón en Chamartín* (2.ª edición).
VI.—*Zaragoza* (2.ª edición).
VII.—*Gerona* (2.ª edición).
VIII.—*Cádiz* (2.ª edición).
IX.—*Juan Martín el Empecinado.*
X.—*La batalla de los Arapiles* (2.ª edición).

SEGUNDA SERIE

I.—*El equipaje del Rey José.*
II.—*Memorias de un Cortesano de 1815.*
III.—*La segunda casaca.*
IV.—*El Grande Oriente.*
V.—*7 de Julio.*
VI.—*Los cien mil hijos de San Luis.*
VII.—*El Terror de 1824.*
VIII.—*Un voluntario realista.*
XI.—*Los Apostólicos.*
X.—*Un faccioso más y algunos frailes menos.*

PRECIO DE CADA TOMO, DOS PESETAS EN TODA ESPAÑA

© Biblioteca Nacional de España